MORADA INTERIOR

ANGELINA MUÑIZ-HUBERMAN

MORADA INTERIOR
Angelina Muñiz-Huberman

MORADA INTERIOR
© 2013- Angelina Muñiz-Huberman
Derechos reservados
© 2013- Editorial Grupo Destiempos
Grupo Destiempos S. de R. L. de C.V.
Av. Baja California 245 Piso 11
(06170) Col. Hipódromo Condesa
México, Distrito Federal.
www.grupodestiempos.com
Primera edición electrónica: Enero 2013
ISBN: 978-607-9130-23-7
Ninguna parte de esta publicación, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera
alguna ni por ningún medio, sin permiso previo por escrito de la editorial.
EDITADO EN MÉXICO, DISTRITO FEDERAL

A Alberto

“Nuestro universo es el mejor de los posibles porque no puede haber Tierra prometida, ningún lugar que tuviera todo lo que imaginamos. Estamos hechos para desear: sin nada que desear somos como molinos en un mundo sin viento.”

John Fowles, *The Aristos.*

“¿Qué es, pues, el hombre? Esperanza hecha polvo… ¿Qué es el hombre? Polvo hecho esperanza.”

Elie Wiesel, The Gates of the Fores

I

Y decidí escribir mi vida por recomendación de mi confesor… El libro que escribí como *Mi vida* salió en imprenta, pero este mi diario verdadero quedó aquí arrinconado, lleno de polvo, apenas legible.

No sé dónde estaba la verdad, si allí o aquí. Allí tuve que acomodar la verdad a mi religión y a mi moral. Aquí era libre, tan libre como si no tuviera religión ni moral. Como si hubiera vuelto a la infancia y no conociera límites ni responsabilidades. Como cuando leía libros de caballerías o cuando pensaba irme con mi hermano Rodrigo a tierra de moros a morir santamente, o como cuando conocí a aquella parienta que me enseñó las vanidades del mundo. De ella aprendí mucho —malo y origen de mi bien y dicha también— y por ella llegué al camino verdadero.

Tres meses de su amistad cambiaron mi vida: conocí el mal, el pecado, el disimulo —y sin embargo, fueron tres meses de hondo y puro gozo. Aprecié la belleza y adorné y perfumé mi cuerpo: mi piel era suave, blancas mis manos, y un sutil olor envolvía mis ropas. Lavaba mis cabellos con esmero y amorosamente los secaba en paños finos y luego los perfumaba.

Conocí el placer del agua que cae sobre el cuerpo, cuerpo desnudo y limpio, músculos firmes, brazos torneados, piernas esbeltas, vientre y cintura vírgenes, pechos que asoman tímidamente. Conocí también el placer de piel con piel: mi mano recorriendo mi cuerpo, mi mano que parecía ser otra y que anticipaba placeres que no había de conocer.

Cuidaba de mi ropa como de mí misma, y prefería las telas suaves y de tacto agradable, de caída lenta y de pliegues profundos.

También aprendí el habla del galanteo. Hermanos y primos varones me rodeaban y aquel engalanamiento de cuerpo y ropas iba dirigido a atraer su atención. Con ellos conversaba y de ellos oía y aprendía cosas que yo no sabía entonces que eran pecaminosas.

Uno de mis primos, un poco mayor que yo, se parecía mucho a mí en gustos y aficiones y solíamos hablar a menudo en aparte. Poco a poco, nuestra mutua afición fue creciendo y secretos e intimidades dejaron de serlo entre los dos. Tanto llegamos a necesitarnos que el día que no nos veíamos nos las ingeniábamos para mandarnos recados amorosos. Fue así como conocí el trato de las criadas y me valí de ellas para estos asuntos poco honestos.

Mi peligro era grande, pero yo no tenía la inteligencia ni la claridad para reconocerlo y mi honra muy fácilmente se hubiera

podido quebrantar.

Fue entonces que mi hermana casó y que ya muerta mi madre, decidiera mi padre internarme en un convento, para no estar siempre en compañía de varones. Yo no sé si él sabía mis devaneos con mi primo, pero ya para entonces yo había aprendido el arte del disimulo y de la ocultación, porque no quería ofenderlo ni a él ni a mis hermanos.

Los primeros ocho días de mi estancia en el convento fueron decisivos para mí. Me extrañó mucho que mi fuerte apego a las vanidades, se fuera debilitando sin ningún dolor por mi parte y sin desesperación alguna: el encierro no me pareció tal y pronto lo preferí a la casa paterna. Si tuve desasosiego fue por los errores pasados, y el deseo de ponerme en las manos del Señor me reparó calma y me dio fuerzas para las tentaciones que habría de sufrir.

Mi primo no se olvidaba tan fácilmente de mí y me asediaba con recados amorosos. Al principio le contesté y quería explicarle cuál era mi gran hallazgo y la nueva seguridad y alegría que había cobrado. Pero él no supo entender, y ya no volví a responder sus cartas cuando intuí que entre los dos se había roto aquella cadena de gustos y aficiones que habíamos ido labrando en ratos de ocio y devaneo. (Yo siempre seguí queriéndole bien y cada día rezaba por él.)

Las monjas me querían mucho, pues si tengo alguna gracia es la de hacerme querer de los demás y procurar contento a quienes me rodean. Pero por aquel entonces, yo no pensaba, es más, me repugnaba la idea de hacerme monja. Sin embargo, daba las gracias a Dios por el modo suave de enseñarme su camino y de darme luz.

II

No me fue fácil decidirme a ser monja. La sensualidad y la vanidad habían arraigado fuertemente en mí y me negaba a ser monja. Pero ya Él había elegido por mí y me mandaba señas para que yo pudiese entender y seguir su senda. Y, sin embargo, cuánto luché y cuánto me obstiné en no entender esas señas. Una de las monjas del convento, Sor María, empezó a tratarme y a conversar en ratos libres conmigo. Yo gustaba de su plática y de su palabra fácil y sincera. Me hablaba de ella y de cómo una frase del Evangelio, “muchos son los llamados, pocos los escogidos”, la había hecho encontrar su vocación. (Y aquí de, nuevo, me sentía maltentada: “pocos son los escogidos”, ser de los pocos y además de los escogidos, y no sólo eso, sino de entre los escogidos ser la primera,

la preferida, la única.)

Sor María me ayudó mucho a borrar las malas costumbres que había adquirido tan fácilmente. Aquello que antes me parecía normal y en donde no había visto el pecado, aprendí a reconocerlo como fuente del mal, y así me esforzaba en olvidar las vanidades. Pero no siempre lo lograba y en un instante podía perder lo que había ganado en meses de oraciones y de abstenciones. Como cuando vi, una vez que estaba entreabierta la puerta del jardín, pasar a caballo a mi primo. No pude reprimir un grito y hubiera corrido tras él, si no fuera porque el deseo me paralizó. La puerta se cerró rápidamente y la tornera me miró con ojos irritados. Tuve vergüenza, pero todo el día —y hasta en sueños— se me aparecía la imagen de mi primo a caballo y, tengo que confesarlo, me producía una sensación de alegríamelancolía interna y algo así corno un consuelo resignado.

Estas cosas me hacían dudar de mí y si entonces me negaba a ser monja, tampoco pensaba que casarme sería mi camino. Dejaba pasar el tiempo y rezaba porque mi mente oscura y confusa supiese descubrir la claridad y el orden. Así pasó año y medio: unas veces imaginándome ser monja y otras negándome a serlo. Me hacía falta una prueba y Dios así lo comprendió cuando me mandó una enfermedad que me obligó a salir del convento e irme a restablecer a la casa paterna.

Me alegré de haber enfermado. Era algo diferente en el ritmo de mi vida. Salía del encierro y vi el sol brillar más fuerte que nunca, los árboles mover sus hojas amorosamente y las flores mostrar colores sin recelo. Todo resplandecía suavemente de camino a casa y mi padre tenía mi mano entre las suyas, con ese mismo tacto que cuando de niña me llevaba a pasear y me enseñaba nidos de pájaros. (Parecía como si Dios me sonriera por entre las nubes.)

Los meses que pasé en cama fueron de molicie y de dolor, pero me resigné a sufrirlo todo con tranquilidad. Dormía mucho, de día y de noche, y un como sopor había apagado mi razón. A ratos me despertaba mascullando oraciones, que repetía una y otra vez como si fueran pesadillas que no pudiera apartar de mi mente. Creo que era esto lo único que hacía.

Cuando empecé a mejorar y los dolores no eran tan fuertes, me levantaba y mis hermanos venían a visitarme. Delante de ellos disimulaba mis malestares y hablaba como solía hablar antes de entrar al convento. Pero ya no sentía el gozo de entonces y me parecía que esto era un fingimiento y que tampoco debía consentir en ello la vanidad. Secretamente, tengo que confesarlo, esperaba a mi primo. No fue sino mucho más tarde que me enteré que le

habían prohibido que viniera a verme.

Para acabar de restablecerme mi padre me mandó a casa de mi hermana María, que vivía en el campo, en un lugar de aire puro y sol confortante. De camino paré en casa de un tío mío, hermano de mi padre, quien luego fue fraile, piadoso lector infatigable de obras santas. Mientras estuve con él le daba gusto, pues siempre he sabido agradar a los que me rodean, y le leía sus obras favoritas. Por su lectura cada vez me inclinaba más al recogimiento y la oración y al desdén de la vanidad. Sin embargo, no podía decidirme del todo a entrar de monja.

Recordaba cómo cuando estaba en el convento y veía llorar y conmoverse a alguna monja por la pasión del Señor, la envidiaba y me recriminaba mi dureza y mi sequedad de alma que me impedían brotasen las lágrimas.

Luché mucho durante tres meses y no fue fácil obligar mi voluntad. Si algo me movía con más fuerza fue el temor. El temor a ser condenada y el temor a ir al infierno. El temor al desamparo y a la soledad, a la pequeñez y al abandono. Necesitaba tranquilidad y no sabía cómo podría encontrarla.

Pensé en algún medio que me forzara a entrar de monja y creía haberlo encontrado si me decidía a contarle todo a mi padre. Una vez habiéndole dicho esto a alguien ya no podría desdecirme y mi primer paso estaría dado. Mi salud era flaca y me aquejaban calenturas y desmayos. Mi padre temía mucho por mí y no quería dejarme ir de su lado. Cuando le hablé de mi deseo, no me dejó terminar y no quiso oír más. Aunque hice que otras personas le hablaran por mí, nada pude conseguir de él, sólo después de muerto podría yo hacer lo que quisiese.

III

Sin embargo, aún no hallaba la verdadera vocación. Sol tras sol, luna tras luna, mis preguntas eran las mismas, y mis respuestas, del sí al no, recorrían una· distancia para mí interminable.

Descansaba, y no me determinaba a entrar en el convento. Fue entonces cuando pasaba horas y horas hablando con mi hermano Antonio, quien también sentía el llamado religioso. Por fin, ya que no lo lograba para mí, lo logré para él y le persuadí de que se metiera a fraile. Y entonces, sin volver a pensarlo más, concerté con él que me llevase al otro día, de mañana, al convento donde estaba aquella amiga mía, sor Juana, a quien yo quería tanto, para que me

ayudara y recibiera entre las demás. Pero yo no tenía amor a Dios, la partida me dolió más de lo que yo me hubiera imaginado. No me hacía a la idea de dejar a mi padre con dolor él y con dolor yo. Tengo que confesar que en ese momento sólo pensaba en el mundo, y que Dios para nada llenaba mi ser.

Pero todo esto eran pruebas que yo no podía reconocer. Luego que entré en el convento hubo un cambio en mí: cada vez que yo recordaba algo del mundo que me daba placer, trocábalo en penitencia y mayor placer me daba ésta. Así, cuando tenía que barrer o desempeñar cualquier otro menester desacostumbrado en mí y recordaba las horas que antes había dedicado a mi cuerpo y a mis galas, mayor contento me daba el barrer. O cuando oía el trote lejano de un caballo y se me aparecía la imagen de mi primo, apresuradamente mascullaba oraciones y apartaba de mí los latidos vergonzosos de mi corazón.

A veces creo que pecaba demasiado cuando ansiaba ser tentada para salir con bien de la prueba, con voluntad y fortalecida. Era un juego, y no algo serio, pero pienso que Dios había elegido ese camino lento para hacerme comprender. Se trataba de una lección en muchas partes que tendría que ir descubriendo por mí.

IV

Mis enfermedades fueron otro signo que recibía de la grandeza de Él. Supe el verdadero precio del dolor. Uno por uno mis miembros fueron atacados: aprendí a sentir cada parte de mi cuerpo a través del dolor. Cuando yo no sabía que tenía manos o pies, o aún partes más pequeñas, dedos, uñas, porque, sana, no me preocupaba de sentirlas, una vez enferma, supe localizarlas dolorosamente en toda su presencia. Pensé entonces que nunca más cometería el pecado de echar en olvido el valor de un dedo, o de la piel o de un pequeño hueso. De considerarlos tan humildes vi que valían más que su olvido y que era otro signo Suyo hacerme ver lo grande y lo importante que eran.

Cada día sabía que cometía un nuevo pecado. Olvidar mi cuerpo, la magnificencia de su funcionamiento y la perfección de cada una de sus partes era olvidarlo a Él también. El mundo entero estaba lleno de signos de todos tamaños que no eran sino Su reflejo, y el gran pecado era olvidarlo. Así no podía pasar un día en que algo olvidara y mis confesiones siempre acumulaban retrasos y

menosprecios.

Yo, tan enferma, al cuidado de los míos, mientras me restablecía conocí a un hombre, piadoso y sacerdote, con quien hice buena amistad y con quien me confesaba a menudo. Su conversación me era agradable: pronto supimos que éramos almas gemelas. Su palabra era suave y comprensible. Nunca un mal gesto alteró su cara ni una expresión rebajó a ninguna persona, por pecadora que fuese. Entendía los dolores del alma y sabía que el pecado no puede desterrarse. Por eso nunca fue severo, y una sonrisa apenas esbozada parecía siempre adornar su cara. Sus ojos eran de color claro, casi tan transparentes como un mar en calma de poca profundidad. Eran unos ojos que nunca he vuelto a encontrar. Unos ojos en los cuales una podía hundirse en busca de una verdad que luego aterraría si fuera expresada por palabras. Y más allá de esa profundidad no me atrevía a seguir buscando y apartaba la vista cuando la palabra que lo negara a Él podría haber sido pronunciada. Y, sin embargo, nunca asocié ese abismo de sus ojos con el diablo: eran demasiado tranquilos, demasiado puros. Solamente como un relámpago cruzaba la idea de lo que pudiera ser la nada, y por eso apartaba la vista, y no dejaba avanzar más ese embrión temible de idea. Pero siempre me quedaba la duda de cómo en esos ojos tan apaciguadores podía originarse el principio de la negación.

Y este sacerdote me creó conflicto. Me hice muchas preguntas que me pusieron al borde del pecado, si no es que en el pecado mismo. Supe que este sacerdote tenía relaciones con una mujer. Primero me llegaron rumores. Luego noté aquella mirada suya —tan llena de amor y comprensión— cuando por azar —¿azar?— pasaba ella. Y un día descubrí algo más: llevaba una cadena al cuello y pude ver que de ella pendía un idolillo: un ídolo hecho por la mujer y hechizado por ella para que siempre estuvieran unidos los dos, según él luego me explicó.

Al principio quedé callada. ¿Cómo era posible eso en una persona como él? Su amor no me importaba —aunque fuera pecado grande—, pero ese idolillo ¿cómo entenderlo? Yo nunca fui creyente de supersticiones y pequeñas hechicerías. Nunca pude creer que la grandeza de Dios se entretuviera en esas nimiedades. Y, sin embargo, los sabios de la religión insistían mucho en eso, y detalles como ése podían servir para acusar a alguien ante el Santo Tribunal. Para mí todo eso era patraña, pero tantas otras personas —y sabias, mucho más que yo, pobre ignorante—creían en el poder de esos objetos y establecían relaciones afectivas entre lo inanimado y lo animado. ¿Cómo explicarlo? ¿Yo sola tendría razón? ¿No era un pecado más creer que yo poseía la verdad y los demás el error?

No, cien veces no, mil veces no. Yo, pobrecilla mujer, indefensa, débil, sin letras, no podía estar en lo cierto. Los ídolos, las estatuillas y los menjurjes, todo eso servía para mostrar el poder maléfico del mundo. Y, a pesar de todo, la duda venía a mí: me resistía a darle poder a esas falsas representaciones, me parecía—no sé si pecaminosamente— que disminuían Su poder.

Pero cuántas veces me he engañado y cuántas he creído seguir el buen camino para ir a dar en el mayor de los errores. Qué difícil me ha sido mantener el camino de la virtud. Como siempre, tras de cada palabra y cada actitud una voz interna me advertía y me ponía en duda: ¿cuál era la verdad? ¿cuál la sinceridad? ¿cuándo seguía Su voz y cuándo la de mi vanidad?

Pensé que tenía que apartar al sacerdote del poder de esa mujer. Y con lo mucho que le quería y lo que él me quería pudimos hablar enteramente, y nuestros corazones estaban en nuestras bocas. Fue casi una comunión, y me asustó el poder que yo tenía sobre él. Supe que mis palabras eran más fuertes que aquel ídolo, y que mi amor era mayor al de aquella mujer. Tengo que reconocer que estaba satisfecha. Apartar a ese hombre del pecado era algo grande para mí. Paladeaba mi triunfo, mejor que el de los hechizos de la otra mujer. Me acordé de mi primo y de los galanteos de otra época. Como un relámpago me atravesó por la mente la idea de que esto era algo equiparable. Pero mi camino tenía que seguirlo hasta el final.

Como si fuera una advertencia del cielo, el sacerdote, poco después de acabar con la mujer, cayó enfermo y al año murió. Mucho pensé en nuestras relaciones y en nuestro amor. Pero no hubo en ello nada de pecaminoso. Todo fue puro y sin ofensa. Su afición por mí no fue sino ejemplo de amistad, de búsqueda de la virtud. Sé que él era hombre de bien y que murió con bien y en el seno del Señor. A mí sólo me quedó una vaga y culpable sensación de haber satisfecho mi vanidad a cambio de una ruptura de amor.

Mientras, mi enfermedad me asediaba con dolores tan fuertes que continuamente me desmayaba. El remedio que me dieron no me sirvió de mucho: no comía, tenía fiebre continua, y me purgaban cada día. Fue así que caí en un insoportable dolor de nervios que recorría todo mi cuerpo y me obligaba a permanecer encogida. Los médicos que me vieron me desahuciaron. Una vez que estuve sin sentido cuatro días, todos creyeron que iba a morir, y cuando desperté tenía cera en los ojos de los velones que habían encendido en la extremaunción. Mi sentir se perdía, sólo una frase de Job se me repetía una y otra vez: "Pues recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no sufriremos los males?"

Y así yo seguía siendo la preferida por Él, para bien o para mal, la novia que pasaba la prueba antes de desposarse.

V

«¡Cómo lo tuerce y lava
la monjita el su cabello:
cómo lo tuerce y lava,
y luego lo tiende al hielo!»

Pero había veces que ansiaba la libertad, olvidar el dolor y huir de las paredes que me encerraban. Canciones como las que oía me traían un eco de lo que era la vida libre, y hubiera querido levantarme de mi lecho de dolor y poder correr por los prados, el pelo suelto y mi túnica blanca flotando al aire. (Y detrás de un árbol encontrar el caballo de mi primo, no verlo a él, acercarme a acariciar el caballo, y entonces oír sus pasos a mis espaldas, esperarle sin moverme, y luego, el peso suave de sus manos sobre mis hombros, el movimiento lento pero firme que me obligase a darme vuelta y sentir su aliento en mi cara y sus ojos en mis ojos, y no poder hablar.)

Tenía que conformarme con mi dolor, mientras los tormentos iban desgarrando mi cuerpo, pedazo a pedazo (y me acordaba de aquella res abierta en canal y los músculos estirados por pinchos que los ponían tensos). Mi lengua estaba rota y sangraba de tanto como me la había mordido, la garganta seca e inflamada (como si a gritos hubiera llamado a mi primo). Ninguna parte de mi cuerpo me obedecía (como si hubiera conocido el éxtasis amoroso). En la cabeza todo me daba vueltas, y no sabía lo que pensaba y tenía miedo de mis pensamientos. El único modo en que descansaba algo era toda encogida, hecha un ovillo. La desgana hizo presa de mí, dejé de pensar y de desear. Sólo sentía. Sólo sentía el dolor palmo a palmo de mi piel, de mis huesos, de mis músculos. No podía moverme. No quería moverme. Quieta, en la misma postura, pasaba horas amodorrada sin que me importara nada, y viejos temas de cantos olvidados y viejas palabras que no reconocía se me grababan, y hora tras hora no podía dejar de repetirlos y volvían a mi mente en un estribillo monótono y adormecedor:

«¡Ah, el novio no quere dinero!
Quere a la novia de mazal bueno.
Yo vengo a ver

que gozen y logren
y tengan mucho bien.»

Y volvía a repetir:

«Quere a la novia de mazal bueno.»

(De mazal bueno, de mazal bueno, de mazal bueno.)

«¡Ah, el novio no quere ducados!
Quere a la novia de mazal alto.»

(De mazal alto, de mazal alto, de mazal alto.) Mazal, mazal, mazal, volvía a mí esta palabra y no podía desecharla. Me gustaba y me asustaba. Que nadie lo oyera. Como aquella vez que había nacido un niño en mi casa y alguien mandó callar con tristeza la voz que cantaba:

«Que bien empleadas fueron las dolores,
vos nació un hijo de cara de flores,
siempre contino al Dio demos loores,
ya es buen simán esta alegría.

Cuando la cumadre baruk ha-bá le dixera,
se alegró el parido con su casta entera,
y a toda su gente mucho gusto le diera,
ya es buen simán esta alegría.»

¿Por qué había mandado callar la voz? (Cuando la cumadre baruk ha-bá le dixera, baruk ha-bá, baruk ha-bá, baruk ha-bá.)

Baruk, baruk, baruk, baruj, bendito, bendito, bendito. Benito, bendito, San Benito, Sambenito, sambenito. Aquel pariente que quemaron, Ahumada, ahumado, Ahumada es parte de mis apellidos. El Santo Tribunal. El Santo Oficio. El Santo Oficio de las Tinieblas. ¿Yo? ¿Sería posible que yo también? ¿Conversa? ¿Sería mi familia de conversos? Esta voz había también que acallarla. Mi delirio, mi fiebre, mi enfermedad.

Pero ¿por qué yo buscaba a Dios? ¿Dios? ¿Cuál Dios? Dios sólo hay uno. (Adonai ejad.) Sí, uno. Uno. Uno. Uno. (Adonai elojeinu.) ¿Estas palabras? ¿De dónde venían? Yo estaba hechizada, y a mis dolores tenía que agregar otro dolor más. Tenía que confesarme. No, esto no podía confesarlo… y, sin embargo, tenía que hacerlo.

VI

Para huir, para escapar, para no ser yo, para olvidar quién soy,

para castigarme a mí en los demás, puedo imaginarme muy bien como inquisidor. Torquemada era judío.

Hubiera perseguido, destruido, matado. Todo en nombre de una fe mía, de una idea de salvación íntima e incomprensible, en busca de una extrema pureza, de la absoluta severidad, de la intransigencia redentora. Me trazaría un plan frío, razonado, estrecho, imposible de modificar, imposible de corromper, por el que todos tendrían que pasar, sin excepciones, sin debilidades, sin piedad. Un caso sería igual a todos los casos. Se borrarían las diferencias, los matices, las divergencias. Una sola medida serviría para cada ser humano, una sola ley lo definiría y lo guiaría. No habría dudas, no habría rebeliones. Sólo el silencio, el silencio que deja toda muerte.

Iría contra mi propio dolor. Expiaría así mi origen. Mi pueblo elegido. Mi pueblo perseguido, siempre perseguido. Sería yo entonces la perseguidora, la amenazante, la llena de gloria, la asesina.

Perseguiría a mis hermanos, a mi gente, a mis padres. A mí misma perseguiría. Sería implacable, sin lágrimas, hundiéndome en mi dolor, sin creer ya en nada, resbalando por la vida sin sentirla, vacía, totalmente vacía. Mientras los demás alababan mi celo y ensalzaban mi pureza. Mientras llenaban mi vacío con frases, con títulos, con honores, con engaños.

Espejo de engaños mi alrededor que reflejaría imágenes truncas, desbordantes, grotescas: caras sin rasgos, cuerpos deformes, inflados, unidos unos a otros, sin huesos, amorfos, como células avanzando penosamente por entre una masa gelatinosa maloliente y espesa formada de todos los desechos del alma humana. Y yo ahí, frente a ese espejo de aguas movedizas, con mi cara que no era la mía, que engordaba, que se adelgazaba, que se avejentaba, que se volvía de niño mongoloide, que se estiraba, que se encogía, que la boca subía a las cejas y que las cejas salían volando, que los ojos se vaciaban, que ya no veía más.

Después surgían otras imágenes. Insectos, arañas, sapos, enormes, con sus cuerpos temblo-rosos, crujientes, que me rodeaban, que se me subían, que cosquilleaban por entre mis piernas, mis brazos, mis senos y se me metían entre la ropa y los sentía rozando mi piel. Me estremecía de asco y no me atrevía, sin embargo, a sacudírmelos. Lo peor sería sentir entre los dedos sus patas huidizas.

Las imágenes de la tortura. ¿Cómo podría yo enfrentarme a la tortura? La tortura ayer, hoy, siempre. El verdugo que se degrada y la víctima que se desintegra. El cuerpo que se escapa en partes, la mente paralizada que afirma como cierta tanto una negación como

una afirmación. No hay límites. No hay diferencias. No hay muerte. Es un exceso de vida. Vida que no acaba, que se prolonga grotescamente, que palpita absurdamente en un muñón sangriento, en un miembro despedazado. Y la mente ya no sufre, si acaso la del verdugo. Y luego la tortura por la palabra. La palabra ladina, la palabra amenazante, la palabra que confunde, que miente, que envuelve, que atrapa, que enreda. La
palabra que mata.
La inquisición ayer y hoy. Siempre la inquisición. En los campos de concentración nazis, 1939-1945. En España, 1939-197... En Grecia, 196… En Brasil, 196… En Biafra, 196... En My Lai, 1968. En Burgos, juicio de dieciséis vascos, 1970. En Moscú, juicio de judíos, 1970. En todas partes, todos los días. Niños, mujeres, jóvenes, viejos.

Donde hay un hombre hay una tortura.

VII

Fue entonces, en medio de mis dolores y de mis confusiones, que mi padre enfermó para no sanar.

Yo me encargué de cuidarlo y quise de algún modo aliviar sus dolores como él había hecho con los míos. (Pero también una voz interna y maliciosa me insinuaba que éste sería el único momento de hablarle, de preguntarle, de aclarar esa terrible duda que ya no me dejaba.)

Le hablaba de cosas de religión y él me dijo que hubiera querido ser fraile. Yo trataba de buscar la palabra que lo delatara, pero él lo intuyó y con sus ojos profundos y cargados ya de la opacidad de la muerte me decía que tenía que aceptarme a mí misma como era, y sus palabras se llenaron de doble sentido y cada cosa que decía podía interpretarse afirmativa o negativamente. Quería hacerme comprender que no huyera (pero ¿de quién?, ¿de cuál Dios? Adonai ejad), que siempre le sirviera a Él (Adonai), y cómo había querido ser hombre de religión (y estudiar el Talmud, sí, eso me dijo, o ¿creí yo que me dijo?).

Y entonces yo no sé lo que me pasaba. Mis dudas, mis arrogancias y mi vanidad aumentaban. Ese dolor que me perseguía me volvía y tenía conciencia de mi maldad y no podía evitarlo.

Pero lo peor es que nadie notaba esa maldad y, en cambio, ensalzaban cualquier pequeño acto que pareciera virtuoso. Y yo me sentía falsa, dividida, mi conciencia me decía una cosa y la opinión

de los demás repetía la opuesta.

Y todo se lo debía a mi Señor. Él me ponía a prueba y dejaba que su bondad buscara sólo mi bondad.

Yo no podía descubrir el verdadero camino. Sentía que en el fondo había una traición, que donde debería ver un solo Dios, veía dos, de dos religiones diferentes. Y estos dos se me volvían uno, y mi confusión era mayor.

La traición no podía negarla, de algún modo o de otro, es más, de cualquiera de los dos una parte se me revolvía contra la opuesta. En mis entrañas iba la negación: todo luchaba dentro de mí. La sangre me hervía y en mi cerebro las ideas daban vueltas y revueltas. Y, siempre, sin poder olvidarlo, el sonido de los cascos del caballo de mi primo. Tal pareciera que todo lo hubiera olvidado de él menos ese sonido. Y ese sonido marcaba el monorritmo de mi pesar.

VIII

Lo que nunca olvidaré fue la vez que me llevaron, para fortalecer mi fe, a ver una quema de herejes. Quise no ir, quise no ver, quise no oler. Pero tuve miedo, se me acusaría de débil y me volvería sospechosa. Desde una ventana y medio oculta, lo vi todo.

Pasaron los penitentes, con sus sambenitos, y recibían como latigazos los insultos y las blasfemias de los espectadores. Los que habían sufrido tortura iban hacinados en una carreta, sus miembros dislocados, sus huesos rotos, los ojos reventados, sin lenguas, sin orejas, sin uñas, algunos sólo eran tronco y cabeza, faltándoles piernas y brazos, otros por vientre tenían un hueco sanguinolento y con las muestras aún del plomo derretido que se había vertido en lugar de las entrañas, sexos arrancados, músculos estallados, senos cortados, carnicería, abominable carnicería, en donde el muerto se confundía con el agonizante y la sangre y el dolor corrían de uno a otro cuerpo, en donde un par de ojos, los únicos salvados, miraban con la mirada de todos ellos, una mirada opaca, todavía humana, acusadora, acusadora, consciente.

Renegué de la fe: para mí todos ellos eran mártires más grandes que los mártires. Santos más grandes que los santos. (Pero una voz murmuró quedamente a mi oído: "Eso le pasa a los que siguen siendo judíos.") Quise estar a su lado, declarar al mundo que yo era como ellos, sufrir tortura, tener valor. Escapar, huir, hundirme en el convento y nunca más salir. Si se pudiera olvidar.

La carreta llegó al tablado en donde estaban ya listos los haces

de leña, leña verde, para que tardara más en arder y el suplicio se prolongara.

Inutilidad del suplicio, negación de Dios, grandeza solamente la del más pequeño grano de arena.

IX

Una vez que lograba apagar esos pesares y poner toda mi voluntad en el puro pensamiento de Él, volvía a mí la tranquilidad y el ansia de una vida en paz. Entonces podía olvidarlo todo y sólo pensar en Él, en mi Dios único, para mí, a quien yo engañaba pero quien siempre me perdonaba, grande en su grandeza y magno en su magnanimidad. Hablar con Él y deleitarme con Él y en los sermones gozar cada palabra por referirse a ÉL

Y, sin embargo, yo no sé qué mal mundano me aquejaba que si el predicador era bueno, bebía sus palabras con amor y creía trasladar el amor divino al amor humano, y de amar a Dios amaba al predicador. Sí, lo amaba. Lo amaba cuando sus palabras eran un reflejo de las mías, cuando expresaba un sentir o un pensar amorosamente igual al mío. ¡Tan difícil era vivir a solas con un amor tan grande que si alguien se acercaba a Él, por fuerza tenía yo que amarle también!

A veces hubiera deseado hablar a solas con el predicador, con uno en especial de entre todos ellos. Con fray Antonio. Era bajo de estatura, delgado y ágil, de piel cetrina, entrecano, sabio y conocedor de las Escrituras y tan amante de Dios como yo. Sus ojos, aunque pequeños, eran tan vivos y bondadosos que corrían el peligro de mutar el amor en Dios por amor en él. Los dos supimos, el primer instante que nuestros ojos se cruzaron, que nos animaba un mismo amor. Al principio fue el puro amor divino. Nuestras experiencias eran igualables: a veces una palabra de él completaba el fluir de las mías; otras, una por una, yo sabía las palabras que él iba a pronunciar, de tal modo que nuestra conversación me parecía que ya había tenido lugar.

Fray Antonio fue una de las pocas personas con quien el hablar no me costaba esfuerzo alguno. Tal parecía que no tenía que pensar y que el flujo interno de palabras se me desbordara en forma natural y, hasta diría, silenciosa. Era agradable estar a su lado y cobrar amor por la naturaleza entera.

Sin embargo, no supe aprovechar su humildad, y, en cambio, me sentía envanecida de haber sido preferida por él en nuestras conversaciones, cuando él era un hombre tan sabio y yo tan ignorante. Y peor aún, llegué por primera vez a sentir celos si acaso le veía hablando con otra persona. Esto nunca me lo perdonaré, y aumentaba aún más su generosidad ante mi bajeza.

Nuestra amistad fue pronto vista como perjudicial y sutilmente se nos fue separando, de un modo hábil sin que pudiéramos rebelarnos, y, al revés, atemorizándonos y haciéndonos vacilar y dudar de nuestra honestidad.

Siento que fray Antonio fuera el primero en dejar de frecuentarme. Como nuestro amor era puro, yo hubiera seguido siempre su camino. Pero él temió un dolor fuerte y prefirió la separación a tiempo. Dejé de verle y, debo confesarlo, lloraba en las noches pensando en él y en que nunca podríamos volver a conversar tan sabrosamente como solíamos.

Nos quedaba el consuelo de las cartas, pero aun éstas se nos prohibieron. La última mía nunca fue contestada. No sé si le llegó o si a mí no me llegó la respuesta.

X

Andando el tiempo alguien me cuchicheó ladinamente que fray Antonio corría peligro de ser interrogado por la Santa Inquisición por judaizante. Sentí miedo. Miedo por él y por mí. Pero no me atreví a preguntar nada. Que los hechos corrieran como corre el agua del río. Yo nada podía hacer por cambiarlos.

Poco a poco su recuerdo se fue borrando. Nadie lo mencionaba y yo no sabía si estaba preso o si incomunicado o si desterrado. Que muriera no quería pensarlo y apartaba de mí el menor rastro de semejante pensamiento. Pero había días en que sentía dolor. Un dolor triste e impotente. Un deseo de verle, de hacerle saber que yo creía en él y que lo demás no importaba. Sólo lograba caer en mayor desesperación aún y no podía venir la calma a mí.

Lo peor es que mientras yo me apartaba de mi verdadero Señor, para los demás que sólo veían mi dolor, mis rezos y mis mortificaciones, todo lo atribuían a piedad mía y a pensamiento continuo en Él. Nadie podía suponer cuál era mi verdadero sentir, y yo más sufría cuando su inocente y errada interpretación de las cosas les hacía juzgarme buena, mientras yo sola sabía que no lo era. Yo que tanto deseaba la vida, "peleaba con una sombra de muerte".

Pero esto tenía que resolverlo. No era posible seguir viviendo en este doble engaño y con este corte entre mi vida interna y mi vida externa, entre lo que era y lo que parecía ser.

Acudía a imágenes religiosas y a rezos que me devolvieran la calma, el sosiego. Mas había una gran falla en mi entendimiento, y es que los sentidos dominaban mi inteligencia: si no veía, oía, palpaba algo, era difícil que lo entendiera. En abstracto nada valía para mí. Por eso "yo sólo podía pensar en Cristo como hombre", y sus imágenes eran las que me proporcionaban la grandeza y la hermosura suyas. Creo que también en esto pecaba, porque a veces me ponía a pensar que me había enamorado de la belleza de una talla o del sufrimiento plasmado en un cuadro y no de Dios en sí.
Y, sin embargo, no podía evitar establecer una relación comunicativa con Él, y ver cómo mis ofensas eran perdonadas y a cambio de nada me colmaba de favores y mercedes. Era como si sintiera su presencia real a mi lado y sus ojos mirándome y su mano delicada y suave acariciándome.

XI

Diálogo con un malsín

A Elie Wiesel

—¿Por qué delataste?

—Tenía que escoger entre mi seguridad y la de otro hombre.

—¿Cómo sabías que el otro era culpable?

—Eso a nadie le importa.

—¿Duermes tranquilo?

—Nunca podré dormir tranquilo. Si yo he delatado cualquiera puede delatarme. Así me evito el remordimiento.

—¿No conoces la bondad?

—Si tú me pudieras decir dónde está.

—Si te lo dijera, ¿creerías en ella?

—Tampoco.

—En qué, pues, crees.

—En nada. ¿Es que acaso se puede creer en algo, cuando yo delato para apenas sobrevivir, acuso antes de que me acusen, invento, miento, calumnio, engaño, y tú, todavía, me pides que crea en algo? Cuando uno se arrastra por el fango y la inmundicia no se tiene derecho a creer en nada. Creo sólo en las horas que le robo a la muerte, alargando mi sentencia, alejando de mí la sospecha, sabiendo que si hoy delato viviré un día más sin temor. Creo en este pequeño momento en que me siento vivo.

—Qué breve tu creer, y qué inútil.

—¿Es que a ti te parece largo tu creer y esencial? ¿Significan algo un día o cien años? ¿Significa algo creer en la bondad, en la belleza, en Dios, en el hombre? ¿Significa algo dejar una obra que te haga inmortal? Tú que tanto crees, ¿no crees en la destrucción total? ¿No piensas que un día la Tierra morirá, o que los hombres la harán morir? ¿De qué habrá servido tu obra, tu vida, tú? Yo no creo en nada, ya te lo he dicho, apenas en este instante en que hablo contigo,

y hasta esto puede ser un espejismo. Y nada más.

XII

Pensé que sólo por la voluntad podría salvar mi alma. El abandono y la desesperación me llevaban a hundirme más y mis en tierras de abatimiento. Nada me atraía. En nada pensaba. Las horas se deslizaban con pesadez indiferente. Mover un dedo de la mano me parecía el trabajo más arduo y cansino del mundo. Aspiraba a la muerte, pero una muerte que me cayera como promesa redentora, sin yo hacer nada por acelerarla.

A ratos lloraba, y a ratos mi sequedad era tal, que ni lágrimas podía derramar. Y entonces fue grande mi temor. O me salvaba o me arrojaba del primer puente a mi paso. Y mis pensamientos tan pecaminosos tenían que buscar la vida y la salvación.

Así acudí a la voluntad, y de ella, que creí que no existía en mí, saqué moldes para seguir viviendo. Por parecerme fruto de tanto dolor me decidí a darle forma por medio de la oración, y por pensar que acaso sirviera de algo a quien atravesare un estado como el mío heme atrevido a escribirlo. Para ello me valí de un símil, y como nada hay más claro que el agua recordé las cuatro maneras que hay de regar un campo. Una lo es por medio de un pozo, otra con noria y arcaduces, otra más, de un río o arroyo, y la última y mejor, con la lluvia que manda el Señor. Es así como explico los cuatro grados de la oración.

En los principios de la oración, cuando ésta apenas se empieza a ejercitar, el trabajo es tan arduo como si sacásemos agua de un pozo. Todo se nos va en distracciones. Cuesta mucho aprender a concentrarse y pronto se piensa, vanamente, que el fruto del trabajo es menor al esfuerzo. Pero todo son pruebas, pruebas que hay que ir pasando si se quiere avanzar en la ruta del Señor. El segundo paso es un leve respiro. El trabajo es ya conocido, se facilita el camino y se obtiene un fruto agradable. Si se piensa en lo que el primero cuesta se alegra el corazón de ver que algo se ha ganado.

El tercer paso, más elevado aún, es un paso natural. Ya no se acude a la fuerza y al ingenio del hombre, esta vez el río es la fuerza maravillosa de Dios. Ya no hay artificio y el esfuerzo es menor. Todo depende de Su grandeza, de Su previsión: el agua del río para el sembrado del hombre. Regalo inestimable y que quien así lo comprende está ya en camino del cuarto paso.

Ya mucho ganado en estos tres pasos, el Señor se vuelve todomisericordioso y regala, a modo de lluvia, beneficio y abundancia. El huerto crece solo y el hombre se sienta la sombra del árbol a bendecir la obra del Señor. ¿No es justo premio este regalo final para tan duro principio? ¿No es la sonrisa de Dios la que se refleja en esta lágrima última?

Y, sin embargo, qué dolor llegar a ella, cuánto tropiezo y cuánto retroceso. Yo misma me atemorizo ahora de volver al primer paso. Y sé que en cualquier desmayo, en cualquier flaqueza, el camino se borra del todo y el polvo nos vuelve al principio.

(Y siempre mi memoria acusadora. Esa voz de mi primo. Dios mío, ¿si me hubiera ido con él?)

XIII

El demonio está siempre presente. Tengo que advertirlo. Y no es un mal abstracto. Para mí que sentí la presencia real de Dios, la presencia real del demonio también la experimenté. Igual que Dios abrazaba mi cuerpo y éramos, fundidos, un mismo ser, el demonio abrazaba mi flaca carne y me obligaba a ser una con él. Pero cuando él me abrazaba sentía vibrar mi piel y mi cuerpo todo en un ansia de voluptuosidad, y en esto conocía que era el demonio. Sentía sus caricias lujuriosas y el dolor del placer, pero después agotaba mi espíritu, quedaba triste y decepcionada, con un vacío anonadante y una culpa remordiente.

Donde más le sentía era en las formas del temor. Porque toda manifestación de temor viene del demonio. Dios no puede traer miedo, y quien esto diga, yerra. El demonio apareja consigo el miedo, y yo temblaba por mí, y esta flaqueza mía le hacía a él poderoso, y yo lloraba al percibir su poder, y mientras más lloraba más se enaltecía él y más me dominaba.

El temor es siempre temor a la muerte. Cristo crucificado no me recordaba la muerte, porque veía en él la eternidad. Pero el demonio agazapado en cualquier rincón de mi cuarto, se reía de mí trayéndome ecos de muerte. Y mis dolores y mis enfermedades aumentaban y hacían resaltar la fragilidad de mi carne. Pensar en los dolores y temerlos era también forma de la presencia del demonio.

Pero lo peor era cuando el demonio adquiría contornos suaves y me hablaba con esas voces ancestrales que me hacían recordar un pasado oculto, aunque honroso y del cual debía enaltecerme, y al cual debía volver para ser yo. Siempre el temor a la muerte ponía una carcajada feroz en el demonio y yo me negaba a mí negándolo a él.

Qué desesperanza la mía cuando pensaba que el demonio poseía la verdad y que yo era quien engañaba a los demás.

El demonio, Azazel, me decía que yo había traicionado a los míos, a mi religión, mi Adonai Ejad y que mi posición era vacilante

y nada clara. Esto yo no lo podía consultar con nadie, y esa soledad y ese silencio me agobiaban hasta hacerme estallar en lágrimas e hincarme las uñas en las palmas de las manos hasta sangrar.

A veces pensaba que la carga era demasiada para mí. De haberme casado hubiera sido con alguien como yo —*ex illis*—, y, por menos, a solas podríamos haber cuchicheado sobre nuestra situación. Situación que yo no alcanzaba a comprender, pero que empezaba a ver clara. Venía de familia de judíos conversos, de ahí esas voces familiares, esa lengua pura y ancestral que resonaba en ecos sagrados, esas inquietudes, ese dolor de perdido, del misterio oculto, esa nostalgia por no ser lo que se es.

Entonces mi única consolación era buscarle a Él, a Jesucristo, afín a mi, hijo de mi tierra, lejano y cercano, que se me aparecía y guiaba mis pasos vacilantes y equívocos. La traición resultaba así a medias. Y mientras, mi sólo recurso era hundirme en la oración. Con la oración mis sentidos se opacaban, mi mente se adormilaba, nada avanzaba, pero, en cambio, lograba acallar mis temores, me envolvía en unas como nubes de olvido y de vaguedad. Y así permanecía por días y noches, hasta que, de nuevo, podía hacer resurgir de mí la voluntad, esa voluntad perezosa que se me huía, resbaladiza, burlona, de la cual nunca sería dueña absoluta.

Mis temores me hacían pensar que mi vida era inútil, que su verdadero sentido aún no lo alcanzaba, y que el tiempo se me iba tan fácilmente como el río corre al mar.

XIV

Por unos años más tarde pude haber sido pícara, en lugar de religiosa. Hubiera sido otro modo de mi condición de conversa. Guzmán de Alfarache sería mi ideal. Como él, odiar sería mi quehacer. Como él no creería en nada. Amargura, rencor, envidia, lujuria, lágrimas, dolor, serían mi alimento diario. Desesperanza, absoluta desesperanza mi vivir cotidiano. Como él pude haber dicho: "Todo anda revuelto, todo aprisa, todo marañado. No hallarás hombre con hombre; todos vivimos en asechanza los unos de los otros, como el gato para el ratón o la araña para la culebra, que hallándola descuidada, se deja colgar de un hilo y, asiéndola de la cerviz la aprieta fuertemente, no apartándose de ella hasta que con su ponzoña la mata...". “La vida del hombre, milicia es en la tierra: no hay cosa segura ni estado que permanezca, perfecto gusto ni contento verdadero; todo es fingido y vano…” “Este camino corre el mundo. No comienza de nuevo, que atrás le viene al garbanzo el

pico. No tiene medio ni remedio. Así lo hallamos, así lo dejaremos. No se espere mejor tiempo ni piense que lo fue el pasado. Todo ha sido, es y será una misma cosa. El primer padre fue alevoso; la primera madre, mentirosa, el primer hijo, ladrón y fratricida. ¿Qué hay ahora que no hubo, o qué se espera de lo porvenir? Parecernos mejor lo pasado consiste sólo que de lo presente se sienten los males y de lo ausente nos acordamos de los bienes; y, si fueran trabajos pasados, alegra el hallarse fuera de ellos, como si no lo hubieran sido. Así los prados, que mirados de lejos es apacible su frescura, y si llegáis a ellos no hay palmo de suelo acomodado para sentaros. Todo son hoyos, piedras y basura."

Basura es mi condición. Desorden mi vida. Caos el mundo.

XV

Aún no entendía que el camino a seguir era duro de emprender y que sólo por medio de la oración y del progreso en cada uno de sus pasos podría hallarme a mí —y conmigo a Dios.

La caída era perder la oración, y lo que había ganado con tanto esfuerzo y tanta pérdida de mí volvía a ser vano en el momento en que descuidaba la oración.

Y la oración no ha de ser por conocer, ni por excelencias del entendimiento, antes mejor mientras más ignorante más cercana el alma a Dios. (¿Pero no es esto una contradicción? ¿Esta voluntad de perderme a mí no es exceso de saber? Quien no sabe no se esfuerza ni por ganarse ni por perderse. Vivir en la ignorancia es ni desear ni desdeñar a Dios. Luego yo no vivía en ignorancia y mis declaraciones de tal, mi poco latín, mis escasas lecturas, no eran sino un deseo de encubrir, de nuevo, mi origen, mi estigma —o mi honra, ¿cómo habría de saber?—. Bien lo decía el refrán: "Ni judío necio ni liebre perezosa", y bien que yo lo quería ocultar.)

Volviendo a la oración, que era lo que mejor me distraía, entendía que había de ser como una *centellica* que diera luz y calor al alma. Una pequeña centella, con brillo propio, clavada en el pecho a la manera de seña Suya. (Aquella otra estrella, de seis puntas, también seña Suya.) Una centella que hiciera olvidar ese deseo tan nuestro de apetecer cosas sabrosas y fáciles, y que calentara, en cambio, el ansia de Su búsqueda, que preparara el cuerpo para recibirle a Él en gozosa comunión.

Y, sin embargo, siempre atenta al demonio porque usa las formas más engañosas, al fin príncipe del engaño, para seducir y cautivar el alma. La más leve caída él la provoca y la aprovecha, la

aumenta y la dilata, y, poco a poco, nos hace cómplices, temblorosos, deleznables, secos y sin voluntad. Por eso, mientras más pronto nos elevemos de la caída, más pronto lo descorazonaremos y más pronto el Príncipe de la Verdad nos dará graciosamente su mano. Mano blanca, suave, de dedos largos y afilados, de uñas breves, de tacto aterciopelado, firme, acariciador.

Y ahora que escribo esto y pienso en la oración, por el pequeño trozo de paisaje que me deja ver el hueco de mi ventana, el verdor de los árboles bajo el radiante azul y blanco del cielo, me trae un olor tenue de frutos y hierba recién cortada, y más lejos, sólo al alcance de mi oído, ese lejano trote de caballo que siempre me persigue y que ya no sé si es verdad o es mentira. Si es ilusión o deseo.

Ese caballo blanco de finas patas, de cabeza pequeña y de movimientos nerviosos, de crin y cola espesas y bien cepilladas, de ancas musculosas, ágil, vibrante, ansioso de correr, de dilatar las narices, de elevar un relincho de libertad hacia el cielo inmenso y abierto. Tan unido a mi primo que forman una sola figura. Un centauro. Ágil mi primo también, tan nervioso de movimientos como el corcel, y tan deseoso de libertad, cómo debe sufrir con mi enclaustramiento. Cómo en su impotencia fatiga injustamente a su caballo y lo cubre de espuma y de sudor, y se arroja al suelo cuando ya no puede más y la hierba fresca y bienoliente roza su cuerpo mientras con rabia, arranca y muerde la hierba y sus uñas se clavan en la tierra y, a veces, el sabor salobre de sus lágrimas impregna sus labios. Sus labios sensuales, tan suaves al tacto, tan frescos, tan bienolientes, que se parecen la hierba misma.

Y yo viéndole, desde mi hueco, y sin poder hacer nada, sin atreverme siquiera a moverme, estática, insensible. (Pero ¿acaso no he de correr un día hacia él? ¿No he de dejar que me suba al caballo y que con su mano rodee mi cintura y me fatigue como fatiga al caballo y luego me deposite en hierba dulce y extienda su manto negro de terciopelo y me acueste sobre él y una a una vaya desprendiendo mis ropas y, desnuda y blanca, recorra mi cuerpo hasta hacerme suya en furia de gozo y placer?) Quieta, paralizada, por fin le veo cruzar por mi ventana, esta ventana tan alta, tan lejana, y trato de acallar el grito que se me escapa, pero que en el esfuerzo de silenciarlo sale agudo y doloroso, rasgando mi garganta, y hace que mi primo vuelva la cabeza y que el caballo estremezca las orejas y se aleje con mayor velocidad.

Sólo he logrado espantarlos. Mi dolor me arroja al suelo y el frío de las baldosas apenas calma ese ardor que me invade. Entonces me levanto súbitamente y trato de verlos aunque desvaneciéndose en el horizonte, y todo se me borra, y despierto largo rato después, ya

anocheciendo, doblada sobre la ventana, adolorida, presa de la fiebre, temblando, con un frío desapacible que corta mis huesos y eriza la piel de todo mi cuerpo, y hace castañetear mis dientes.

No me queda sino irme a rezar y con el rezo acallardo todo.

XVI

El tercer grado de la oración es "un morir casi del todo a todas las cosas del mundo y estar gozando de Dios", es olvidarse de sí hasta no reconocerse, hasta no saber que no nos reconocemos. Es un desconocimiento del mundo y de sus peligros, es un volcarse en Ti, ser Tú nada más, ya no poder hablar más que de Ti, poderoso Señor que me permites así el tuteo. Tú y yo. De nuevo la pareja inicial. Tú para mí y yo para Ti. Sentir Tu presencia y la suavidad de Tu sonrisa. Tus palabras magníficas y la dulzura de Tu habla. Tu boca de miel y Tu sabor. Tu sabor a tierra densa, a polvo fino, a vid, a naranjo. Tu figura atrás y el verdor de Israel. Tu cuerpo alto y delgado y los olivos al fondo. La tierra hecha fértil por los hombres. Los huertos y el agua, ese agua pura del Jordán, santa, corriendo por el cauce de los años. Tú en el mar de la Galilea, en esas orillas que parecen tocarse, azules, verdes, una mañana en que los pescadores echan sus redes suavemente, apenas despiertos. Y tu cabello se ondula con el viento fresco del amanecer. En paz, sin que nadie luche, sin que los disparos de artillería te sobresalten, ni los soldados corran de un lado otro. Simplemente en paz.

Y Tú allí, en Tu tierra, en mi tierra, en la tierra de Dios. Si yo pudiera ir, como penitente, descalza por toda Europa hasta llegar allí, a la Tierra, al único refugio que puede solicitar mi cuerpo fatigado, y mi alma también.

Pero no, me quedaré aquí, atada, con los pies descalzos pero para recorrer España. Con el alma rota en mil pedazos como un espejo estrellado que aún no se desintegra.

Y arriba la luna, esa luna ya no lejana, esa luna a mi alcance, sin misterio, hollada por el hombre, tranquila, indiferente, sin complicaciones.

Y aquí esos hombres hastiados de sí mismos que parten a descubrir las Indias, sin apego, con afán de gloria, de huida, de silencio, sin saber que van a estrellarse contra sus propias ideas y su propia fe. (*Ad majorem Dei gloriam.)*

Era necesario partir al Nuevo Mundo, pero ¡que pérdida! ¡qué repetición de los mismos errores! Era necesaria la experimentación pero lo que se aportaba era viejo y corrompido y todo habría de

estallar con mayor estruendo y apestaría esas nuevas tierras. El crisol que se instalaba allí no era purificador y las manos ansiosas de recibir verdades las transmutaron en horrores y en peste, en hipocresía y en falsedad. Lo que tenía un valor aquí, allí se convirtió en lo opuesto y aquel hedor de mentiras llegaba hasta las playas españolas arrojando miembros mutilados de cadáveres incongruentes. Danza macabra que nunca habría de realizarse.

¡Oh! cuán mejor ir descalza caminando hacia la única verdad, hacia la única tierra que ofrecía algo, hacia la Ciudad Santa, de los muros de oro, hacia Jerusalén dorada.

Y ese muro, ese Muro de los Lamentos para llorar, para alabarte a Ti, para reír, para creer en Ti, para citarme Contigo allí. Y caminar por esas calles y sentir las piedras bajo los pies, una a una, desnudos, blancos, suaves.

Las vestiduras blancas de las gentes, sus sonrisas, sus cabelleras, sus manos, sus piernas, sus corazones latiendo uno a uno, y el mío al compás de los suyos. Estar en la tierra sagrada y ver la gente sagrada y ser una de ellas.

Poder tener hijos que sirvan para esa tierra. Y recorrerla palmo a palmo, descalza, pero ya no penitente, sino amante, amante de la tierra.

Y subir peligrosamente a Masada. Fortaleza santa. Palacio santo. Santos los que vivieron allí y eligieron la muerte antes que la vida esclava. Santos los muertos. Santos los vivos. Esos vivos que podría contemplar con mis ojos también vivos, ahora, hoy, en este mismo momento, antes de que sea demasiado tarde.

XVII

Y bien, así traicioné también el tercer grado de la oración pues olvidé las cosas de Dios y pensé en las cosas del hombre. Pero ¿acaso no es grande el hombre? ¿No es la obra más grande de Dios? O ¿no es Dios la obra mayor del hombre? No, no es Dios. Es el hombre mismo su obra más grande.

No puedo seguir por ese rumbo, ése es el rumbo desvariante, el que me enseña el demonio, el vacío total. Vuelvo pues, a la oración. Me toca ahora explicar el grado cuarto, el más difícil de alcanzar pero en el que se trabaja menos. Todo lo das Tú, inmenso Tú, que haces posible la unión del modo más dulce y placentero. ¿Cómo explicar ese gozo que hace olvidar el gozo? ¿Cómo entender lo que no es entendible? ¿Cómo las palabras podrían describir lo inefable, el éxtasis, el sumergimiento total en ese abismo que es Tu amor? Decir que es un fuego inextinguible en el que las llamas se elevan más y más cada vez y que nunca se apaga, es poco también. (Oh, la zarza ardiente, Moisés, cuando sacaste a tu pueblo del cautiverio. *Hasné Haboer*. El camino por el desierto y esa zarza que ardía y nunca se consumía. Y tú, querido soldado israelí, que contabas riéndote con inocencia que en el monasterio de Santa Catarina, en lo mis escarpado del monte Sinaí, habías visto la zarza que ardió y la retrataste, con ese cartelito que decía: “This is the Burning Bush”, y que sin embargo ya no ardía.)

Y esa mi llama interna, ese fuego constante que me quema en dolor y en silencio eres Tú (Dios mío), tú, (primo mío), tú (joven soldado israelí). Y la llama sigue quemando y el alma se purifica y todo es elevación. Sólo atino a explicarlo repitiendo mis propias palabras:

“Estando así el alma buscando a Dios, siente con un deleite grandísimo y suave casi desfallecer toda con una manera de desmayo, que le va faltando el huelgo y todas las fuerzas corporales, de manera que si no es con mucha pena, no puede aun menear las manos; los ojos se le cierran sin quererlos cerrar, o si los tiene abiertos, no ve casi nada; ni si lee, acierta a decir letra, ni casi atina a conocerla bien; ve que hay letra, mas, como el entendimiento no ayuda, no la sabe leer, aunque quiera; oye, mas no entiende lo que oye.

Así que de los sentidos no se aprovecha nada, si no es para no acabarla de dejar a su placer, y así antes la dañan. Hablar, es por

demás, que no atina a formar palabra, ni hay fuerza, ya que atinase, para poderla pronunciar; porque toda la fuerza exterior se pierde y se aumenta en las del alma para mejor poder gozar de su gloria. El deleite exterior que se siente es grande y muy conocido.”

Lo único pesaroso de este bien es su brevedad. Desearlo tanto por días, por minutos, y cuando sucede se desvanece en el tiempo, no es posible aprehenderlo, se vuelve agua que en el cuenco de la mano se escapa transparentemente por entre los dedos —tan fugaz como el coito y luego tan triste. Pero lo que dura es tan embriagador como el vino dulce de Pésaj. Ese vino que aprendí a paladear desde niña en esa especie de fiestas dobles que celebrábamos en oculto.

Y luego de repetirse una vez tras otra esa divina unión, vino a mí el más alto grado de exaltación, cuando Tú, Señor de las Alturas, me hablaste y quisiste explicarme lo que yo no podía explicarme y me dijiste que era "no entender entendiendo", y de tan oscuro, fue para mí claro entonces.

Todo lo que se pierde, sentidos, habla, voluntad, memoria, ese blanco total al que se llega, es ganancia pura en las manos del Señor. Él hace de nosotros lo que quiere, y nuestro abandono es la prueba que Él pide para así darse también a su vez.

XVIII

La soledad que antecede a cada una de las elevaciones que sufre el alma camino de su entrega, no es tal soledad. Quien piense que dentro de la celda habita la soledad, no es lo que se dice. Dentro de mí, siempre en compañía Tuya (y de tantos otros tus) se agita un mundo en el que el silencio no es posible. Me paso las horas hablando con todos a los que amo, y en silencio sonrío y sólo lloro por los que han muerto injustamente. (Esos niños, esos niños que convirtieron en humo los negros soldados de las botas altas y crueles.)

Podría hacer la historia de los muertos que pueblan mi sangre. El fuego siempre los condenó —desde los autos de fe hasta los crematorios—, pero por el fuego alcanzaron la santidad.

Santos ellos más que yo, que supieron ser fieles y no se traicionaron.

Piadosos ellos más que yo, que caminaron con la cabeza alta del que tiene la razón.

Nobles ellos y no yo, nobleza no de sangre, sino de virtud.

Por eso, con remordimiento que era verdadero dolor, sabía que quienes decían que yo sólo buscaba la novedad y que a toda costa

quería ser santa, tal vez estuvieran en lo cierto no por conocimiento, sí por maldad.

A eso lo único que podía aducir era la certeza de que Tú me hablabas —quienquiera que fueras, Tú inmenso Tú— y que me pedías servidumbre a cambio de esa elevación sobre el pequeño común de los mortales de la pequeña cabeza y de los pequeños deseos, de las pequeñas preocupaciones y de las pequeñas vidas. Arriba, yo siempre arriba, a Tu lado, mientras las cosas te alababan y los hombres te olvidaban.

Por eso, la soledad que antecede a cada una de las elevaciones que goza el alma camino de su entrega, no es tal soledad.

XIX

No es *que me desespañolice, sino que busco las raíces, las verdaderas y profundas. Esas raíces que cuesta trabajo encontrar, que duele desenterrar y que temen la luz del día.*

Hacia abajo, siempre hacia abajo, siempre hacia dentro muy dentro, en lo negro, están las raíces. En donde el sueño se borra en el olvido, en donde la visión es opaca y confusa, en el despertar torpe después del primer sueño y en las horas de insomnio desvariante, ahí están las raíces, ahí afloran levemente, para esconderse como cuerno de caracol al menor asomo de un contacto errado.

Así que no me echen en cara que me desespañolizo si al llegar a las raíces veo que arrancan de muy lejos, de más lejos que España, de la primera tierra, de la tierra prometida, de la tierra santa. Igual sigo siendo española. Y cuando pasen los siglos y venga a su vez el éxodo de otros españoles, igual seguiré siendo española. Con más fuerza entonces porque ése será mi segundo éxodo, y con más fuerza entonces seguiré siendo hebrea, porque podré vivir en carne lo que es la huida y el mar que se abre y la tierra que acoge.

Y tras de años de vagar en el desierto del exilio, sin encontrar acomodo ni una tierra hospitalaria, perdidas las esperanzas del retorno a Sefarad, me quedará entonces el verdadero retorno, el llamado de la tierra, la subida a Israel, la aliá *de un alma sola sin más que ofrecer que unas manos para amar y unos pies para pisar una tierra propia.*

Y, sin embargo, no es que me desespañolice.

XX

Y ahora quiero hablar de algo difícil de entender —aún más, de

creer, pero es así. Tan difícil como lo es explicar el éxtasis en su aspecto espiritual, tanto o más lo es explicarlo en su aspecto físico. Porque, efectivamente, la elevación del espíritu a través del éxtasis va acompañada de manifestaciones externas, y la elevación lo es también del cuerpo, de este cuerpo, de este cuerpo torpe y pecador. Y más de asombrar es que algo tan bajo como el cuerpo pueda elevarse de la tierra, despegarse de ella y volar, perder su peso y flotar como una pluma suave y blanca de paloma núbil.

Y todo ello debido a esa fuerza Tuya que la sentía venir de debajo de mis pies y que iba levantando mi pobre cuerpo en un ansia de unión carnal Contigo. Pero la unión era agotante, Tus exigencias exhaustivas, Tu placer desbordante, y yo quedaba deshecha, sin fuerzas, caída en cualquier rincón, dormida, abandonada durante horas hasta que alguien me descubría y me conducía a mi cuarto.

Y el despertar, doloroso. Doloroso por Tu pérdida y por el cansancio de mi cuerpo, maltrecho y sin fuerzas. Doloroso por el placer ido. Y más doloroso por no saber cuándo se repetiría.

Después, contemplar las cosas a mi alrededor era diferente. Daba tristeza ver cómo se había alejado y achicado todo. Las habitaciones se estrechaban. La gente parecía haberse retirado a rincones y sus caras, aunque de rasgos más precisos, habían empequeñecido, y parecían extrañas. Sus voces sonaban como si tuvieran que atravesar espesas capas de neblina. Sus gestos se volvían lentos y grotescos. Si una ceja se enarcaba permanecía así horas enteras antes de volver a su posición normal. Los que eran movimientos imperceptibles —pequeños resquicios de un alma que se traiciona— se volvían rasgos acusados y delatadores. Me daba miedo poder penetrar de ese modo en los secretos recovecos de almas desconocidas. Tenía, a veces, que taparme los ojos y correr a otro cuarto en donde sola pudiera recuperarme a mí y sentirme yo, tan perdida entonces, y clavarme las uñas en las palmas de las manos y en los brazos para saber que era yo.

El cuerpo va siempre en desventaja con el alma. El alma le roba todas las fuerzas y en la cima del éxtasis olvida el peso carnal y alcanza la libertad suprema. Y todo lo que el hombre ha añorado —alas y vuelo— lo halla por la gracia divina de un pequeño gesto del Señor. Y en esas alturas —donde brilla el oro y el diamante— el sol ya no agobia y es fuente de claridad en la que ni el más escondido polvo de defecto escapa a su luz tonificante.

Es “vuelo suave, es vuelo deleitoso, vuelo sin ruido”.

XXI

Pero yo tenía mis dudas. ¿Y si esos signos de Dios lo fuesen del diablo? ¿Y si mi engaño fuera tal que donde yo veía piedad no hubiera sino horror y falsedad? ¿Y si todo fuera mi orgullo, mi ansia de ser diferente, de ser la primera?¿Y si por un exceso de pureza tratara de ocultar de este modo mi carácter de cristiana nueva? Mi razón no la podía acallar, sabía que era signo de heterodoxia: donde no debía caber la duda, yo dudaba, y era signo también de mi origen. ¿No dudó el sabio del Eclesiastés? ¿No pertenecía yo al pueblo en el que podían convivir la razón y la fe? Ese poder de crítica que había impedido que el judaísmo muriera y que su religión degenerara, me era imposible alejarlo de mí y me hacía convencerme —aunque yo bien quisiera ignorarlo— de que mis raíces era difíciles de arrancar.

Así pensé en un extremo y necesité del apoyo de otras personas. Sólo me quedaba confesarme. Pensé en un santo varón de la Compañía de Jesús de quien yo había oído muchas y muy buenas cosas. Por intermedio de un pariente mío, también caballero santo, fue que logré que viniera a visitarme. Pero cuando vino mi confusión fue mayor, no supo entenderme y se marchó sin haberme confesado.

El único remedio, en mi desesperación, fue hablar con mi pariente, quien empezó a visitarme con frecuencia y a quien llegué a tomar grande amor. (De nuevo, esta imperfección mía de amar mucho que no se me apaga y que me hace cobrar esperanzas y poner todo mi pensamiento en quien puede comprenderme, y olvidarlo entonces a Él.) Fue tal mi amor que pude contarle mis dudas y reflexiones. Mas esto no debí haberlo hecho si quería conservar su amistad. Temió que el demonio me inspiraba, me vio con ojos diferentes, y en ese mismo momento se desmoronó nuestra relación. Su temor rompió mi amor y entonces volvió, fugaz, la visión de mi primo a caballo y la certeza de que él nunca me hubiera traicionado. Vino luego otro de mis malos pensamientos: el deseo de salirme del convento, de huir, y de correr a los brazos del único que me hubiera perdonado. Tuve miedo yo también y me arrepentí de haber hablado. Sentí lo sola que estaba, sin nadie con quien hablar, sin nadie con quien compartir dolores y desencantos, porque alegrías son más fáciles de llevar en soledad. Temí que se me delatara y me estremecí imaginando la tortura y las llamas.

Leí un libro que trataba sobre la oración y la unión del alma con Dios. Muchas partes coincidían con lo que a mí me pasaba y las subrayé para luego enseñárselas a mi pariente y tratar así de

cambiar su actitud. Pero él cada vez me temía más y lo que hizo fue llevar el libro con aquel jesuita que había venido a verme.

Todo se complicó y creyeron vivamente que lo mío era cosa del diablo. Lo peor fue cuando tuve que ocultarme para hablar con ellos y hasta tener que decir a la portera que no mencionara estas visitas. Como estas cosas siempre salen mal, pronto se corrió la voz por el convento y me vi puesta en predicamento.

Siguieron mis desdichas hasta el día en que vino el padre Francisco, santo de verdad, el que fuera duque de Gandía, y que ante el cadáver putrefacto de la reina Isabel de Portugal, esposa de Carlos V, juró no servir a amo mortal. Y bien, cuando él me oyó hablar me dijo sin vacilación que no me resistiera más a la fuerza de Dios y que todo eran signos que provenían de Él.

Por fin tuve paz y algún sosiego calmó esas noches en que apenas había dormido y esos dolores que me venían al corazón.

XXII

Fue entonces cuando mudaron a mi confesor y al verme sola fue tal mi desamparo, acostumbrada a él, respetando sus palabras, oyendo su tono de voz de tan conocido ya no sorprendente, adivinando sus gestos, sin ningún esfuerzo ya para darme a entender, amándole tan cotidianamente, que su separación me dolió como una herida abierta y sin esperanza de sanar. Mi desamparo fue grande, pero mi temor a exteriorizarlo también. Dividida entre mis visiones, mis remordimientos, mi traición, otro miedo más atormentaba mis noches en vela. Porque si demostraba mi tristeza excesiva sería signo de unión a lo terrenal, de poca elevación, y, hasta tal vez, de pecado. Si no la demostraba se me acusaría de vana, de desagradecida, de soberbia.

Y la verdad es que a mí me dolía y ese dolor me pareció un aviso de cómo el amor nunca debe volverse costumbre. Y me recriminaba mi abandono, ese haberme dejado arrastrar por lo que ya sabía, esa falta de lucha, ese creer que todo se había alcanzado, que ningún matiz nuevo podría surgir, ese haber matado el amor. Temía entonces (¡oh, cómo temía!) que mi amor primero por ti, primo de mis entrañas, hubiera caído en ese olvido monótono, y que Tu amor divino, Dios mío, dejara de sorprenderme algún día, y que tú, joven soldado israelí, a quien ni siquiera conozco, llegaras a ser conocido y reconocido.

Pero todos ellos, signos de Ti, el Inmenso, el Eterno, el Único

—EJAD. Como tu voz que me susurró en medio de mis vacilaciones: "*Ya no quiero que tengas conversaciones con hombres, sino con ángeles.*" Tú te presentabas a exigirme. Sabías que sólo a Ti obedecería. Y que el dolor de separarme de los amores mundanos ya no lo era, porque Tu amor, Tus celos no tenían ni una medida —ni inmensa ni ínfima— con qué compararse.

Tú todo lo envuelves, Manto Encubridor.

XXIII

Y, sin embargo, no todo es fácil Contigo. Fácil—otra vez el mismo error—, ¿cómo vas a ser fácil Tú? El Incomprensible, el Incógnito, el Escondido. Que exiges amor constante, sufrimiento pleno, presencia absorbente. Y que además te deleitas, cuando quieres, en un abandono hiriente y dejas mi alma a solas, a oscuras, a locas. Que ya no sé en dónde buscarte, que te me escabulles, que te me burlas, que te me niegas.

Y aparece no ya Tú, sino, el otro, el temible, tu cara opuesta, la duda, el demonio.

Y el demonio sonríe con dulzura y me ofrece lo que Tú no me das, y me quedo sin saber dónde está la verdad y dónde el engaño. Y entonces empieza mi pensamiento a disparatar, a inventar absurdos y atrocidades. Veo y pienso negramente. Deseo la muerte y el suplicio para mis compañeras de convento: veo sus cuerpos desnudos, atados a postes, y verdugos que laceran sus carnes; corre la sangre, una sangre tibia y suave, roja, por entre sus pechos blancos, de pezón dorado, y el pelo desatado cubre los hombros. Luego los verdugos curan sus heridas con paños limpios y blancos, acarician sus cuerpos, entretienen sus dedos con los pezones duros dorados, y entreabren suavemente sus sexos y las excitan hasta el borde del dolor para luego dejarlas caer insatisfechas sobre el piso frío de piedra.

Y veo más cosas: la muerte desgarrando las carnes, el hedor y la pus, gusanos saliendo de los ojos, de la boca, pululando por entre la piel estallada. Y todo eso lo veo en quien me habla, en quien está frente a mí, en esa novicia palpitante, o en la monja de edad madura y hermosa, cuya toca negra enmarca un rostro de rasgos precisos.

Y me entra el desaliento y mi alma, desasosegada, se me pierde y se me escapa. Y no paro en mí, y quisiera huir y romper puertas y ventanas y correr a campo traviesa hasta caer desfallecida y que los animales salvajes me arrancaran el corazón y que los pájaros picotearan mis ojos y que, arrojada al agua, los peces devoraran mi cuerpo. ¡Ay, cómo quisiera no ser!

Y luego, mi confesor piensa en un remedio: con hacerle higas al demonio se le destruirá. Si él supiera... y si fuera así de fácil que con una higa espantáramos nuestro propio abismo, nuestra propia tortura y recociéramos el demonio que somos nosotros y que nunca

está afuera.

XXIV

Pero ¿cómo borrar esas tentaciones? ¿cómo arrepentirme? ¿cómo volverme pura? Tan pura como el joven soldado israelí, arrancado de su kibutz, que piensa no en la guerra, sino en el retorno, en el paseo tranquilo por los campos, en el atardecer en lo alto del acantilado, frente al mar, en su tractor que ha quedado sin que nadie lo maneje. Y en su compañera, que ahora dormirá sola, y hablará menos, y reirá poco. Mi querido guerrero, Abraham, que sabe lo que es y que enseñará a sus hijos a ser como él, que no serán perseguidos, que no conocerán el fingimiento, que no se ocultarán, que habrán nacido en donde debían, en su propia tierra y que la defenderán con orgullo.

Pero mientras tanto, mientras pasan esos siglos, yo tendré que ser condenada. Para que Abraham y los suyos puedan vivir en tierra propia, yo tendré que fingir, y yo tendré que ocultarme, y yo seré impura, terriblemente impura, y falsa y resquebrajadiza y doliente.

Sólo me quedas Tú, para no caer en la locura. Tú, para hacerme volver en mí. Tú, para señalarme el camino, el que debo escoger, a la sombra de olivos y de cipreses que nunca veré.

XXV

Tampoco celebraré Jánuca. La fiesta de las luces. El canto de la libertad. La fuerza de los Macabeos.

Los Macabeos sublevados contra los Seleucidas. El viejo Matías, Yehuda, el tirano Antioco.

Y los cantos de alegría. El pueblo triunfante. La derrota del mal. El milagro y el aceite.

El candelabro de nueve brazos. Durante ocho días se enciende el candelabro: cada día una vela.

Cada día se canta y se danza, durante ocho días. La comida es dulce, el vino también. No hay dolor. Los niños ríen. Las doncellas toman de las manos a sus enamorados. Blanco es el color de los trajes. Los cabellos adornados con flores. El agua manando con abundancia.

Sino yo, triste cuitada, que ni sé cuándo es de día ni cuándo de

noche es, que ni siquiera un avecilla me canta mi dolor, a oscuras, no puedo saber cuándo es Jánuca, ni cuándo encender mis velas. A oscuras, siempre a oscuras. Sin luz, sin velas, sin candelabro.

En un rincón de mi celda enciendo con mi imaginación ese candelabro de plata bruñida y beso esa estrella con los ojos cerrados y las lágrimas sin salir.

XXVI

Y cumplo un año más de vida. ¿Realmente me importa? ¿Vale tanto un año vivido? ¿Un año perdido, olvidado, hecho pedazos, dividido, sin pensar, en esos segundos que no hay modo de retener?

Afuera es invierno: el cuadro que enmarca la ventana de mi celda es blanco: la nieve ha cubierto los campos, los árboles de ramas que parecen muertas y a punto de dejar caer esa nieve que se ha olvidado sobre ellas. Algún que otro arbusto se deja apenas adivinar en esbozos informes de nieve que desdibuja sus contornos y transforma sus líneas. Y, sin embargo, cuando el sol —ese sol tibio y agradecido de los pocos días de cielo azul del invierno— dora y rosa a la vez los campos, una sensación de consuelo, de paz interna, de alegría suave me hace vivir segundos que por eternos pueden ser retenidos. Algún que otro hombre —campesino tranquilo de la hoz en reposo— cruza por campos de Dios, un poco encorvado, con amplia manta que cubre su leve cuerpo, en busca de abrigo, de fuego de chimenea, de leña crepitante, de caldo humeante.

Yo aquí, contemplando. La dura mesa de pino, blanca, reluciente, en que apoyo un codo y el puño en la sien izquierda, y en la mano derecha la pluma, y a ratos escribo, a ratos paro y contemplo ese paisaje encuadrado en mi ventana. Luego lo describo, pero ya ha dejado de ser y no es igual, y acudo a la memoria de hace apenas un segundo que se me ha escapado, sin saber cómo, lo mismo que todo un año de sensaciones, de palabras, de ver, de oír, de palpar, de olvidar, de olvidar, de olvidar.

XXVII

Una vida piadosa. Llevar una vida de penitencias. Cilicios. Sayal áspero. Una soga ceñida a la cintura, no para enmarcarla por pequeña, sino para atormentarla por lasciva. Comida frugal, ayunos,

pan y agua. Dolor, terrible dolor y carcajada de Belial. El cuerpo no es al que hay que fustigar. El cuerpo es inocente y puro y solemne. Todo el mal está en la mente. A ella es a la que hay que atosigar, a ella atormentar, a ella silenciar. Ella crea demonios y dioses. Lo bueno y lo malo. Por arriba lo malo, envolvente, engañador, sin salida. Y después, nada. El vacío que deja un muerto, que parece que ya no existe y que es siempre un lugar ocupado por un usurpador. Donde tú te sientas se pudo haber sentado el muerto, y ahora tú ocupas ese lugar. Y después de ti, vacío sobre vacío.

¿Por qué tendría que haber conocido a fray Pedro de Alcántara? Siempre en mis momentos de mayor desolación surgía alguien a quien amar, a quien entregarme, a quien tener siempre en la mente.

A mi primo podía olvidarlo: hacía tantos años que no lo veía, y yo siempre he necesitado presencias. Y ahí estaba fray Pedro, para admirarlo, para creer en él, para tener siempre ese rescoldo de alegría que, en medio de un olvido o de una tarea absorbente, vuelve a traer el recuerdo del amado.

Y sufría por sus penitencias extremas, y temía en sueños por él y veía su muerte.

Y así fue que murió. Entonces sólo pude evocarlo dormida, y se me aparecía y hablábamos dulcemente, su mano en la mía.

Pero todo fue mentira. Yo no sé si sueño o sueño que sueño sueños. Todo se me va en ese fatigar la mente en límites vacíos que acercan la muerte. Un vacío sobre otro vacío.

XXVIII

Desear ser otra. Haber nacido en una tierra lejana. Negarme a mí. Anhelar otro paisaje. Algo vago. Suecia, por ejemplo. Reírme de mi propio dolor.

En Suecia, paisaje inventado, iría a olvidarme en los bosques fríos. Pasearía en trineo, un trineo sólido, tirado por dos caballos, y guiado por un alto mozo, rubio y extraño, quien en medio del bosque pararía los caballos, anchos y fuertes, de músculos tensos, de pelaje espeso, y sin hablarme, me tomaría por la cintura y me pondría en el suelo. Me besaría salvajemente pero como yo no supiera reaccionar y la sorpresa me inmovilizara, él se decepcionaría y con el mismo movimiento decidido y ágil con que me había bajado, me subiría al trineo y arrancaría furiosamente castigando con latigazos crueles a los dos caballos, tan sorprendidos como yo.

Y yo, arrebujada en mi manta, la cara ardiendo y los labios sangrando, ya no sentiría el frío, y si fuéramos a caer al fondo de un barranco, tampoco me importaría. Tanto así me habían borrado el temor a la muerte esos besos ásperos, esos mordiscos furiosos, esa saliva fresca y a yerbabuena.

Entonces vería su cuello recto y fino con simpatía. Querría hablarle, decirle que parara en alguna de esas cabañas de chimenea humeante, que bebiéramos algo, y que hiciéramos el amor en una cama de tablas duras y cubierta de espesas pieles.

Pero permanecería callada y cuando viera que íbamos de regreso, lloraría y un grito ronco, escapado a mi pesar, haría que él volviera la cabeza y que comprendiera mi deseo, y tras una breve vacilación —¿castigo o complacencia?— detuviera de nuevo los caballos, esta vez suavemente, y aun se entretuviera un momento en acariciarlos, para retardar el principio del placer —siempre tan fugaz, siempre inasequible—, antes de volver a poner sus manos en mi cintura y bajarme del trineo y llevarme caminando hacia su cabaña humeante. Delante de la puerta, con su mano ancha y fuerte levantaría mi barbilla y me obligaría a mirarle como él me miraba, hasta perder el límite de la mirada y sólo un rayo de luz nos penetrara sin poder ver ya ninguna otra cosa que no fueran los ojos.

Adentro echaría más leña a la chimenea y yo esperaría en un rincón, sin atreverme a dar un paso. Entonces vendría a mí y me llevaría a la cama. Se impacientaría ante mi torpeza y rasgaría mis

vestidos. Mi terror le placería. Jugaría conmigo a la crueldad y a la dulzura. Y reiría estrepitosamente.

Puesto que lo había escogido iría hasta el final, abandonándome, dócil y ansiosa, resignada y lasciva, pasiva y voluptuosa.

Qué sombrío después el despertar y contemplar sola estas cuatro paredes de mi celda.

XXIX

Pero esto no podía seguir así. Algo tenía que hacer. Algo que matara esos sueños, esa otra parte mía que me arrastraba por sendas perdidas y que tal vez fuera un día más fuerte que la otra y dejara todo y huyera —¿adónde podía huir yo?, atada a estas cuatro paredes. De huir, mi huida no sería en el espacio sino en el tiempo: mi espacio no me molesta.

Iría a refugiarme a Israel, a un kibutz, a encontrar de nuevo otras cuatro paredes.

Pero no, tenía que poner orden en mi vida. No podía desperdiciarla de ese modo. Algo surgiría. Algo daría sentido a ese soñar perdido, soñar perdido hasta cuando bordaba, sentada en un cojín y rodeada, a veces, de novicias. Y, sin embargo, no tan perdido, algo iba tomando forma mientras la pasividad me oprimía. Por soñar en voz alta, hablando con las novicias, fue que surgió la idea. ¿Por qué no reformar las órdenes y fundar un nuevo convento?

Un convento en el que las cuatro paredes fueran aún más estrechas.

XXX

Y fue entonces que tuve la visión más hermosa de cuantas había tenido.

Poco a poco Te me fuiste revelando. Primero tus manos. Manos blancas, delgadas, de dedos largos, uñas ovaladas, con el suave entretejido azul de las venas bajo una piel de tan delicada casi transparente, de huesos un poco salientes, de actitud tranquila, y, sin embargo, adivinadas ágiles, hábiles. Manos sensuales también. Manos para besar.

Otro día fue Tu rostro. Rostro de luz, ojos penetrantes, labios de amor. Dientes que hubiera deseado me mordieran. Saliva tan fresca como la yerbabuena. Lengua dócil y firme.

Y, sin embargo, todo ello visión del alma, que no de los ojos. Si de los ojos, hubiera sido el demonio, pero del alma sólo visión divina

podía ser. Por ser visión del alma todo se me representó bajo una luz no concebible, no existente, pura, perfecta, como "ver un agua muy clara, que corre sobre cristal, y reverbera en ella el sol".

Nada más. Que hubiera envidias y celos y que no se me creyera, qué podía importar frente a esa visión única y para mí sola.

XXXI

Poco a poco tenía que ir avanzando en la comprensión de esa imagen, en aceptar que era verdadera pese a lo que dijeran los demás, en sacar fuerzas de mi propia soledad y creer en ella sobre todas las cosas.

El demonio yo bien sabía que no estaba en la imagen sino en hacerme dudar de ella. Si el confesor me decía que la espantara con higas yo no podía hacerlo, pues no quería aumentar así las afrentas que Él había sufrido. Prefería mostrarle una cruz. Pero Él, infatigable, no se cansaba de darme señales. Y tomaba la cruz y me la devolvía adornada de piedras preciosas nunca antes imaginadas por nadie.

Lástima que esa visión sobre la cruz sólo me era dada a mí, y nadie más la pudiese contemplar, para de nuevo surgir las dudas. ¿Por qué lo que yo veía tan claramente sólo a mí me era mostrado? ¿Cuál era la ceguera de los demás? O ¿sería yo la ciega, que no pudiera conformarme con un simple trozo de madera y que todo lo transmutara? De la madera, el diamante: alquimista del alma sería yo.

Mi amor crecía así por Dios. Día a día lo necesitaba a mi lado. Nunca lo apartaba de mí. Su presencia era constante en mí. Con Él hablaba, con Él reía, con Él sufría. Tanto le anhelaba que pensaba en la muerte para unirme a Él Si la vida era muerte sin Él, sólo la muerte podría ser vida con Él.

Empecé a vivir transportada. No parecía que caminara sobre la tierra. Él me llevaba dulcemente por el aire. Y aunque luego acabara rendida, el cuerpo molido, toda en puntos de dolor, era dolor placentero y era dolor que calmaba y era dolor que deseaba.

XXXII

Después vino mi visión más bella: la del ángel a mi lado izquierdo. Ese ángel de rostro encendido y rasgos puros, de pelo ensortijado, de ojos negros. Su mirada, tan reposada y profunda como mar reposado y profundo, hacía ahogar en ella el tiempo. No más

tiempo, no más espacio. Intensidad de la luz y el color. Un ahogo y un ya no importar la muerte. El aire se escapa, el aire que vuelve y asfixia, el aire que corta el respirar. Y abrir la boca en un anhelo de más muerte. Morir.

Al ángel "veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Éste me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas: al sacarle me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento".

XXXIII

Después en el destierro, en México, habría de sentir ese dolor placer, pero ya sin Dios (¿Quién podría creer en Dios después de la Guerra Civil española y de los campos de concentración nazis?) Y sería el dolor del destierro.

Del destierro que día a día deja de doler, y que duele que ya no duela. Del destierro que después de treinta años se vuelve irrisorio y absurdo y acartonado, y a los viejos los hace morir y a los jóvenes olvidar.

El destierro ya hecho costumbre falsa: esperanzas totalmente perdidas. Sólo que el leve saboreo del engaño suave, de un recuerdo que quizás existió. Y para los más sinceros preguntarse si acaso no fue un sueño —un mal sueño— aquella España que los desterró.

No hay verdad. No hay más que dolor. Ese dolor del costado izquierdo y ese ángel que se lleva consigo mis entrañas.

XXXIV

Delgado y frágil. Cara de asceta. Manos huesudas. Su misión fue luchar contra la corriente. También le quise mucho y también le pude gozar poco. Se hubiera podido parecer a San Juan de la Cruz, pero no se parecía.

En el destierro negó el destierro, negó a sus padres y borró treinta años de historia. Hizo la cruzada él solo. Partió de México a España. El día que pisó tierra, porque antes vivía en el aire, fue cuando en España se creó a sí mismo un lugar que ocupar.

Un solo caso. Alguien que luchó y que venció, que supo cuál era su camino. Que del dolor sacó fuerzas. Que no se lamentó en vano. Que hizo lo que tenía que hacer.

Mientras que yo, en medio de tantas dudas, voy de la una a la otra, sin decidirme, sin cortar, sin romper, atada, tristemente atada a este nudo inventado por mí y que ya no sé cómo deshacer.

De algún modo tengo que recobrar la calma: perderme en esos éxtasis de amor. Quedar inmóvil, sin habla, sin sentidos, tranquila y dulcemente olvidada sobre un césped de campo imaginario, sin más fuerza que una muñeca abandonada.

XXXV

Como me domina este ansia de contarlo todo, desde menudencias hasta grandezas, este deseo de que se me conozca en todos aspectos, este anhelo de mostrar la escala de luz y sombra que asciende por mi alma, debo también explicar ese otro estado en que deambulaba sin interés por entre las cosas y las personas.

Mi mente se vaciaba de todo pensamiento, o lo que es peor aún, repetía sin sentido frases triviales y vagas y me atormentaban pequeñeces e insignificancias. Nada me interesaba, y podía pasarme horas quieta, sin moverme, sin pensar ni hacer cosa de provecho. Tal parecía que hubiera perdido la capacidad de sentir, de amar, de odiar, de vivir, de morir. Nada guiaba mi alma, nada me exaltaba ni nada me deprimía. Veía mi alrededor sin verlo, sin comprenderlo. Todo carecía de valor y mi alma se mecía mecánicamente sin tampoco sentirlo. Me podía quedar viendo fijamente cualquier cosa, una mosca, una hoja seca, una mano de alguien, el reborde de una falda rozando el suelo, unas nubes cambiando de forma. En fin, nada.

Pero tampoco me importaba, porque era entonces mi existencia menos que el flotar del polvo en el aire, menos que la piedra que rueda empujada por el pie impaciente, menos que el grano de arena perdido en la playa.

Sólo a veces me quedaba un remedio. Caer en el sopor y dormir, dormir durante horas, para despertar y volver a dormir hasta que pasara todo, hasta que recobrara mi alma el sentir y el pensar y el gozar y el padecer. Hasta volver a sufrir y clavarme las uñas en las palmas de las manos y saber que estaba aún viviendo. *Domine, da mihi aquam.*

XXXVI

Y como nada oculto, tengo que decir también las muchas y variadas formas en que se me aparecía el demonio y cómo aprendí a vencerlo.

También del lado izquierdo, como el ángel, se me apareció una

vez, en el oratorio, la figura espantable y asquerosa del demonio. También como el ángel una luz lo envolvía, pero ésta provenía de las llamas del infierno. Su cuerpo era deforme y repugnante. Iba desnudo y sus órganos eran exageradamente grandes y le fluía una especie de líquido espeso y verduzco como yo había visto una vez en un perro. Su boca, retorcida y de labios agrietados y con bubas, me atraía particularmente, ya que cuando hablaba no podía quitar la vista de ella. Me decía que aunque me había liberado de él si lo seguía viendo era prueba de que volvería a él. Quise apartarlo santiguándome y de nada sirvió, pues volvió a aparecer. Entonces tomé del agua bendita que allí cerca había y lo rocié. Sólo así logré hacerle huir y que no tornara más.

Pero en muchas otras ocasiones se me seguía apareciendo y me martirizaba con dolores y golpes. Una vez durante cinco horas me atormentó y no podía dejar quietos brazos ni manos ni cabeza ni cuerpo todo, que fuera, de mi voluntad, se me golpeaban unas partes con otras, sin yo poderlo remediar. Puse espanto entre quienes me rodeaban, que no atinaban a curar mi dolor. Yo que ya había visto en un rincón a un demonio negro y desagradable, no me atrevía a pedir agua bendita para no aumentar el espanto.

Al fin, rendida por este tormento no pude sino pedir el agua bendita, y echársela al demonio y desvanecerse éste fue toda una. Mi dolor también desapareció y la calma me invadió, a pesar de sentir el cuerpo molido y agotado.

Y una tras otra puedo acumular pruebas de la presencia del diablo, como la vez en que estando sola se me apareció y al yo pedir agua bendita y traérmela unas monjas notaron el fuerte olor a azufre que había dejado, y esto sin saber ellas nada. Después se me ha aparecido en el coro, en el oratorio, en el jardín por el que paseo en las tardes, y en muchos más lugares y formas.

A veces en la noche, en mitad de un sueño me despierta para atormentarme y reunirse en mi cuarto por cientos y saltar y pisotear sobre mi cuerpo.

Ha llegado su osadía a plantárseme en mi libro de rezos e impedirme acabar mi oración. Lo he visto peleando contra los ángeles e importunando de todas las maneras imaginables.

Pero Dios siempre me ha dado fuerza para vencer al demonio y al final he reído de sus simplezas, casi me ha hecho gracia su pequeñez y hasta he llegado a sentir lástima ante su impotencia.

XXXVII

Otros terrores que he padecido fueron el ansia de que no se me creyera buena y que mis pecados fueran conocidos por quienes me querían y respetaban. Me parecía que todo el mundo engañaba si creían en mi bondad. Yo bien sabía los horrores que poblaban mi mente y mi imaginación y quería persuadir a los demás de que estaba podrida por dentro. Pero lo que no me atrevía era a confesar esas maldades, y peor aún, si me atrevía nadie me creía. Era indudable que mi comportamiento externo no iba de acuerdo con el interno. Los actos que veían hechos por mí, no eran mi verdadero actuar, no representaban lo que yo hubiera querido hacer, lo que me hubiera surgido espontáneamente.

Mi confusión de Dioses —el único, el mío, y el otro, el advenedizo— y mi confusión de hombres —ese deseo de amarlos íntegramente— me volvía cobarde e insincera. Nada podía hacer: o volverme loca o resignarme o embrutecerme. Porque el otro camino, el de la razón, aún no me era dado.

Y si la honra me atormentaba, para mí negra, era porque me atemorizaba que se indagara sobre mí. Pues, en el fondo, no quería que se supiera la verdad, y mi lucha, por contradictoria, era más dolorosa. Me debatía en un querer y no querer, en un ser y no ser, en un estar y no estar.

XXXVIII

Mi desasosiego era ya intolerable. Algo tenía que hacer. Y aquella idea que ya venía bulléndome desde la vez en que bordaba con las novicias era más y más definida. Pero la decisión era aún difícil de tomar. Y difícil de dejar mi celda, tan a mi gusto, tan reconocible, con tanto recreo para mis ojos, con objetos tan amorosos.

Dudaba, me asustaba la lucha, la aventura, las envidias que me asediarían, el esfuerzo. Y, sin embargo, me atraían esos pesares, eran a la manera de una huida de otros más dañinos y lacerantes. Eran una distracción, una diversión del camino.

Y Él me lo aconsejaba, me alentaba, me decía que yo era la elegida, ni teólogos, mi santos, yo, pobre y pequeña alma, debía cargar con este peso, con esta nueva prueba. San José debía ser el patrón del nuevo convento.

Yo no podía dudar. La presencia constante de Su idea me daba fuerzas y perseverancia. Abandonar el proyecto hubiera sido abandonarle a Él.

Y luego, había una especie de alegría nueva en este planear la fundación, en este pensar en esos mil pequeños detalles, en el hablar y discutir con carpinteros, con albañiles, en el mandar poner o quitar, en el reforzar o suprimir, en el ver cómo todo iba tomando forma a la medida de mis deseos. Ese sentirme dueña de casa… Ver las paredes recién blanqueadas y mi sonrisa reflejada en su limpieza. Que todo reluce, que todo brilla, que hay luz, que hay sol.

Tan bello como un *shabat*, después del baño ritual.

XXXIX

Y, sin embargo, esa mi primera fundación me había costado mucho trabajo, mucha fatiga, mucha maledicencia. En el convento me censuraban acremente y consideraban mi decisión una afrenta. Hasta hubo quien pensara en acusarme al Santo Oficio y en haberse podido alegrar de haber sido yo encarcelada. La envidia había crecido, las intrigas y la maldad. Hasta que mi confesor me hubiera de prohibir seguir adelante con mi proyecto.

Pero de mi lado estaban fuerzas más poderosas. Dios se me aparecía y su voz me decía qué hacer. La Virgen y San José me

vestían de luz y blancura y limpiaban así mis errores y pecados. También me daban consejos prácticos, con quién debía tratar y por qué medios hacer llegar mi propuesta a Roma.

La seguridad de que me apoyaban y de que querían lo mismo que yo, era suficiente para sobreponerme a todas esas pequeñas e infortunadas intrigas de convento menor.

XL

Mi convento era pequeño, pero agradable y recogido. De trazos limpios y sencillos, de líneas rectas, de corte esquemático. Respondía a una esencia, a un deseo de purificación. Era un canto que se elevaba de un alma anhelante y solitaria.

Desde fuera ya daban ganas de entrar, y sus piedras, rosadas por el sol del amanecer o doradas por el sol del atardecer, evocaban otras piedras firmes y secas de la lejana Ciudad Santa.

El patio interior, con unos limoneros, daba luz y perfume a las celdas. Del pozo central, el agua salía fresca y de sabor agradable. Unos rosales de rosas rojas y serenas bajo las arcadas de curva suave y envolvente. Todo paz y tranquilidad.

Un reflejo azul del cielo sobre esta tierra, no tanto doliente como desesperada.

XLI

Pero todo era triste. Pensar que la muerte acechaba. Y el dolor. Pensar que no podía ir a la sinagoga. Que no podía cumplir ninguno de los ritos. Que tuviera que ir reconociendo a los míos en silencio. Que solamente una sonrisa, o más leve aún, una mirada rápida, pudiera ser mi contacto con ellos. Pero ni una palabra, ni un consuelo, ni una lágrima en común. Sólo la tortura y la angustia de no ser lo que se es.

Era una prueba grande, terriblemente grande, más que el universo todo, que me imponía Él. Ni David, ni Saúl, ni Amós, ni Isaías, ni Job, sufrieron lo que yo —ni los padres que vieron matar a sus hijos en los campos de concentración, ni los niños que murieron ametrallados en las carreteras de España.

Nadie, nadie puede imaginar lo que fue mi dolor. Y, sin embargo, aquí estoy, y sigo viva, y fundo conventos y escribo libros. ¿Cómo es posible que lo haga? ¿Por qué, hace ya mucho, no acabé con mi vida? ¿Qué sentido tiene este engaño y esta traición? Esta locura que me hace ver imágenes, este creerme que dialogo con Dios.

Este vacío. Sobre todo este vacío, que de tan grande, me llena

toda. No tener una cabeza de niño a quien acariciar, no ver en una hija, repetidos, rasgos y alegrías, no poseer una mano de esposo que acaricie suavemente el cuerpo.

Nada, nada. Saber que de todos los vacíos que pudimos elegir el elegido tampoco satisfizo.

XLII

Y luego, esa grandeza del mundo que me rodea. Del cosmos que no quiso ser comprendido en España, que no provocaba admiración y que seguía fijo en términos antiguos e insostenibles.

Nicolás de Cusa en 1440, en *De docta ignorantia,* basaba su concepto del universo en términos de lo inteligible, cuyo centro y circunferencia eran Dios. El universo no podía estar encerrado en los límites de una circunferencia, puesto que si así fuera tendría principio y fin y se relacionaría con algo más. El centro del universo no podía estar en el interior de la tierra, como tampoco podía estar en el exterior, puesto que el centro es un punto equidistante en una circunferencia y no es posible afirmar que haya una esfera o un círculo más verdadero que otros. Solamente Dios es equidistante a todos los puntos y solamente Él puede ser el centro del universo. "Él es la infinita circunferencia de todas las cosas".

Para Nicolás de Cusa en el universo no hay polos fijos, cada región del cielo está en movimiento, aunque desigual, en comparación con los círculos descritos por el movimiento de las estrellas, a pesar de que sólo podamos percibir movimiento en relación a algo fijo, polo o centro. Así pues, el centro del universo está en todas partes, su circunferencia en ninguna, ya que Dios es centro y circunferencia, al estar en todas partes y en ninguna a la vez. Por ser centro y circunferencia de Él proceden todas las clases de nobleza que habitan cada región del universo.

Un siglo después, en 1543, Nicolás Copérnico en su *De revolutionibus orbium celestium* escribía sobre la armonía del universo y cómo la violencia es incompatible con la naturaleza. De acuerdo con las leyes armónicas de la naturaleza pueden comprenderse las nociones de movimiento y de esfericidad del universo, y llegar a la conclusión de que *la apariencia* de movimiento es pertinente a los cielos, mientras que su realidad o *realización* es pertinente a la tierra. Podría compararse con un barco en movimiento que nos hace creer que es lo demás lo que se mueve mientras que él permanece quieto: se establece así la lucha entre ser y parecer.

Copérnico estableció el orden de los planetas. Sobre todos están las estrellas fijas el primero de los cuerpos en movimiento es Saturno, luego viene Júpiter, después Marte, el cuarto es la Tierra,

con su satélite, la Luna, el quinto es Venus, el sexto, Mercurio, y en medio de todos el Sol que completa el círculo dando un toque de luz y belleza. “Bajo este orden, hay una simetría maravillosa en el universo y una relación definitiva de armonía en el movimiento y la magnitud del mundo, de tal clase que no sería posible de hallar en cualquier otro lado”.

Así razonaba Copérnico, pero en España veíamos las cosas al revés. Todo era pura herejía, confusión y engendro del diablo. Deseo de trastrocar el orden de las cosas, de invertir la armonía. Era más fácil seguir en la ignorancia, no sacudir la indiferencia, holgarnos en la apatía.

El propio Fray Luis de León utilizaba el vocabulario cosmológico en términos simbólicos y con implicaciones astrológicas. (Magia sí, ciencia no. Poesía, no filosofía)

En esta pequeñez de la mente humana, qué representaba para mí el universo, perfecto, en orden, medido. Como no podía explicarlo, el resultado era una sensación aún más aplastante de la infeliz insignificancia humana.

XLIII

Por eso, cuando el hombre llegó a la Luna, no pude sacudir mi sensibilidad. Todo fue frío y deshumanizado. No había razón que aducir. ¿Dónde quedaba el sentido de la aventura, del riesgo, del azar? Nada, todo había sido calculado exactamente. Ni un error, ni un desperfecto, ni una sorpresa. Casi tan fácil como si los hombres fueran dioses. Como si todavía no hubiéramos adquirido el sentido de la perspectiva histórica, como si fuéramos incapaces de valorar la grandeza de la hazaña, o como si fuéramos tan mezquinos que sólo buscáramos el rasgo trágico, la catástrofe, la destrucción.

Tres hombres lanzados al espacio y que no adquirieron la categoría de héroes.

Tres hombres que, de nuevo, mostraron la pequeñez de cada hombre.

El gran misterio del universo sigue siendo aún inexplicable.

XLIV

Volvamos, pues, a mi vida. Como venía diciendo acerca de mi

primera fundación, los obstáculos y persecuciones no paraban un momento. Tanto, que por eso fue que decidí llevar en secreto la compra de la casa e instalación de mis monjas y mía. Si, en efecto, me salté la ley y no pedí autorización para abrir el convento, de otro modo, se me hubieran negado totalmente y la afrenta de Dios hubiera sido mayor que la mía.

Pero había quienes me alentaban y veían en todos los obstáculos un signo de la lucha entre el demonio y Dios, y cómo a la postre el triunfo de Dios sería mayor y mi obra permanecería.

La ciudad se alborotó. Del cabildo decían que debía cerrarse el convento, y me condenaban. La prelada me mandó llamar y aunque temía ir a la cárcel, todo me parecía poco si pensaba en los sufrimientos del Señor, y más me espantaba que sobre mí, flaca mujer, pusiera Él esa carga tan pesada, pero ¡ay! al mismo tiempo tan deleitosa. Pero yo tenía Su palabra y sabía que vencería.

El trato que voy a imponer en mi convento será el del servicio puro y absoluto a Dios, de todas nosotras. "La soledad es su consuelo, y pensar de ver a nadie, que no sea para ayudarlas a encender más en el amor de su Esposo, les es trabajo, aunque sean muy deudos. Y así no viene nadie a esta casa, sino quien trata desto, porque ni las contenta, ni los contentan: no es su lenguaje otro sino hablar de Dios, y así no entienden ni las entiende sino quien habla el mismo. Guardamos la regla de nuestra Señora del Carmen, y cumplida ésta sin relajación, sino como la ordenó fray Hugo, cardenal de Santa Sabina, que fue dado a MCCXLVIII años, en el quinto del pontificado del papa Inocencio Cuarto. Me parecen serán bien empleados todos los trabajos que se han pasado. Ahora, aunque tiene algún rigor, porque no se come jamás carne sin necesidad, y ayuno de ocho meses, y otras cosas, como se ve en la primera regla, en muchos aún se les hace poco a las hermanas y guardan otras cosas, que para cumplir ésta con más perfección nos han parecido necesarias, y espero en el Señor ha de ir muy adelante lo comenzado, como Su Majestad me lo ha dicho… Plega al Señor sea todo para gloria y alabanza suya, y de la gloriosa Virgen María, cuyo hábito traemos, amén".

XLV

Y luego tengo tantas deudas con Dios. Por ejemplo, siempre he sido dada a querer mucho a quien me quiere bien y con quien me llevo bien. Particularmente con mis confesores.

Hablar con ellos era penetrar en otro mundo —las monjas y su mundillo de chismes quedaba olvidado—, un mundo a mi gusto, de medias palabras, de sugerencias, en que se evitaba decir lo indecible a base de circunloquios, de juegos, de doblentendido, y en el que nadie se comprometía, porque lo dicho podía resultar lo opuesto.

Para mí, la confesión se convertía en un goce y si el confesor era agudo, doble goce al fin. La semana transcurría imaginando preguntas y situaciones. Así, la presencia del confesor era constante en mi yo. Dialogaba con él, atacaba y defendía posiciones. Me encantaba llegar a los extremos, al fondo peligroso del abismo. (Porque además, sabía que no caería en el abismo, hipócrita al fin.)

Pero también solía ocurrir que el confesor se asustase de este afán mío de que se gobernase mi alma, y de que mi amor pasase de espiritual a carnal. No podía, alguno que otro, mantener el juego del peligro sin temor a caer en él. (Aunque no imaginaban cuántas veces soñé con ellos, haciendo el amor y despertando con el sexo impaciente y desolado.)

Y esto me traía otro remordimiento. Cambiaba al Hombre-Dios por el hombre. Prefería la pequeñez y la bajeza. Olvidaba a Quien solamente podía calmarme en todos los aspectos. (Porque los sueños con Él eran completos, el acto del amor y Su penetración, y el orgasmo perfecto y prolongado hasta desdibujar el tiempo.)

Sólo cuando pude olvidar al pequeño hombre que pasaba a mi lado y dedicarme toda yo al Dios-Hombre, alcancé mi mayor perfección.

XLVI

1936-1939. Guerra Civil Española. Volví a nacer con esos niños que perdió la guerra. Los padres ya no importaban, murieron todos ellos en 1936. Los niños se perdieron y se dispersaron por esas tierras y esos mares, no de Dios, sino del hombre.

Muchos también murieron, sobre las carreteras, ametrallados por los aviones nazis —antes que sus hermanos los condenados a los campos de concentración. Pero otros se salvaron, y fueron a esconder sus caras ansiosas de llanto entre olvidos y esperanzas falsas. Vivieron al aire, sin tierra en qué apoyar los pies. Se les habló mucho —excesivamente— de lo que era España y se les prometió el regreso. Hubieran podido hacer otra cruzada y recuperar la Santa República. Pero como en el aire no se puede caminar, parecían marionetas de hilos desgastados que se retorcían sin sentido queriendo inventar una historia que nunca se habría de escribir. Porque eso era lo más lamentable, querían representar una historia que no existía para ellos. Les habían dicho que el aire era lo más saludable y que lo construido en el aire era de lo más sólido posible. Poco a poco, según crecían, los hilos fueron reventando y los tristes niños-marionetas cayeron y fueron quedando en las posturas más grotescas y desquiciadas. Como nadie les había enseñado a hablar —solamente podían repetir lo que oían—, quedaron en el más absoluto de los silencios.

Los niños de 1936 son mudos.

XLVII

El tiempo y la muerte. Todo cambia. Todo vive. Todo muere.

De mis arrobamientos, de algunos, los más bellos, me lamentaba de su corta duración. Duración corta que a mí me lo parecía, quién sabe cuánto en realidad duraban, siendo la cortedad mi única realidad.

Los ímpetus me iban y venían. El alma se me escapaba de su prisión corporal. Todo aspiraba a subir, cada poro, cada célula,

olvidaban su punto de cohesión y huían a las alturas. Yo, en partes, iba desintegrándome y sentía cómo un brazo, el pelo, un pie, toda yo, volaba, con las ropas suavemente flotando, a veces mis miembros unidos, a veces separados, hacía arriba, siempre hacia arriba. Y sentía aleteos, de palomas albas, de conchas sus plumas, de nácar su brillo, en fin, de ángeles que no veía.

Visiones tantas, que aún no sé si olvido alguna. Visiones de vida, visiones de muerte. Almas que recoge el paraíso, de monjas, de frailes. Sueño en la hora exacta en que sucede el hecho, cualquier hecho. Premoniciones. Deseos. Razones e intuiciones. La lógica y el absurdo. Todo sucede conforme a la vida. Todo llega a su término.

XLVIII

El final se acerca. El mío y el de todos. La hora de repasar las cuentas de la vida se aproxima.

Todo queda en un paréntesis. Un pequeño paréntesis en la evolución total del universo… y una sensación de pequeñez: ¡qué pequeña es el alma del hombre!

Todo se olvida, todo se pierde. Las vanidades del mundo son deleznables: la gordura adinerada, la envidia golosa, la lujuria soberbia.

XLIX

Pasa la noche y el sueño no viene. Vueltas y vueltas en la cama de duras tablas. A ratos frío, a ratos calor. Sudor que empapa y remuerde la conciencia. Pensar sin sentido y severidad del absurdo.

Aunque cierre los ojos el sueño no calma el dolor del alma en pedazos.

L

¡Lástima que tampoco quede Dios! Y esto ya lo sabía Jesucristo. Eli, lama azavtni…

LI

Si pudiera volvía a inventar a Dios. Y los arrobamientos, y los éxtasis.

Hoy nada me queda.

LII

Sí, si queda. Sobre todo esa hermosa sensación de vacío. La fascinación del olvido total y la muerte.

LIII

Queda la obra. Queda, tal vez, la palabra. La palabra escrita, si acaso.

LIV

Pero lo que no se puede destruir es la contradicción. El hombre sigue siendo un animal paradójico.

LV

El ciclo ha terminado. La ronda de la vida se apaga donde se juntan un sol ardiente y un mar azuloso.

Epílogo

Que no piensen los simplistas, que los ingenuos dejen caer el velo de hipocresía que cubre su inocencia, que los racionalistas olviden análisis, tesis, antítesis y síntesis. Simplistas, ingenuos y racionalistas son la misma cosa: simplificar, creer y definir no valen. Buscar raíces lógicas tampoco. La fuerza interna que me mueve no es definible.

Vivo y no vivo en mí.

El mundo que me rodea está y no está en mí.

Creo y no creo en mí, en los demás, en Dios.

Veo y no veo.

Oigo y no oigo.

Veo y no creo.

Creo y no veo.

Oigo y veo.

Ni oigo ni veo.

Ciega y sorda.

Pero veo lo que los demás no ven y oigo lo que yo sola oigo.

Ni arriba, ni abajo, ni Dios, ni labrador.

Adentro, siempre adentro me encontraré. Y adentro de mí no hay razón: es un caos, es un revolver, es un ir y venir, es un unir y deshacer, un creer y descreer, un ser y un no ser, un constante

cambiar, como la materia, como la energía, como la luz en colores y los colores en forma, y la forma en sentido y el sentido en nada. Y vuelta a empezar.